



CHINA.—Embarco de un misionero. (Pág. 27).

NUESTRO Santísimo Padre Leon XIII nos recomienda con mucho encarecimiento, en su última Encíclica, que auxiliemos con nuestros recursos á la gran obra de la *Propagacion de la fe*, cuyo objeto está autorizadamente definido en la carta de Su Santidad.

No nos cansaremos de llamar muy singularmente la atencion de nuestros lectores sobre esa magnífica institucion que tantos y tan excelentes frutos ha dado en el breve tiempo que lleva de vida. Pero esa obra, sostenida casi únicamente por la generosidad de Francia, há menester de la cooperacion eficaz y constante de todos los católicos del mundo para que llegue á tener aquella excepcional importancia que corresponde á la alteza y magnitud de su fin.

Los españoles no nos hemos persuadido todavía de esto, por lo cual figuramos entre los más débiles auxiliares de las Misiones católicas, esparcidas por todas las regiones del gentilismo como centinelas avanzados de la Iglesia, expuestos á los primeros ataques del enemigo. Y esto depende de que no se piensa bastante en el inmenso bien que producen, y en las gracias abundantísimas que atrae sobre sí el generoso cooperador de esta Obra, á un mismo tiempo religiosa y civilizadora.

Si de ello se convencieran todos, aún los que miran con indiferencia los asuntos de la Iglesia de Cristo, seguro es que nadie dejaria de ofrecer su modesto óbolo para el sostenimiento de esos nobles é infatigables obremos de la fe, de la ciencia y de la civilizacion.

Si quereis saber lo que hacen esos hombres privile-

giados, por el amor de Dios y la felicidad del prójimo, seguid paso á paso el camino espinoso que recorren en la India, en la China, en el Japon, en la extrema América occidental, en el Sur y en el Este del África. Vedles luchar sin tregua ni descanso con las enfermedades, con los rigores del clima, con las supersticiones de los idólatras, con la tiranía de los jefes de tribu ó de reino; y cuando la muerte no los ha arrebatado de este mundo para abrirles las puertas de una eternidad de gloria, gozar con un triunfo que no puede ser comparado con los de los conquistadores que matan, ni con los de los comerciantes que explotan. El triunfo consiste en someter pueblos enteros á la santa fe de Jesucristo y á esta civilizacion europea, nacida del Cristianismo y desarrollada á la sombra de la Iglesia.

Y en ese triunfo, que no da renombre ni aplausos al que lo consigue, nada gana el vencedor para su medro personal; ni se enriquece, ni asciende en su carrera, ni se ve lisonjeado por ninguno de los halagos de la fortuna. Quizá muere en aquellas apartadas regiones, sin que su sepulcro sea conocido siquiera á los pocos años, bien que puede ser luego buscado con afán, cuando el oscuro vencedor es tal vez colocado por la Iglesia entre los héroes de la santidad y venerado como tal por el linaje humano.

No es esto sólo lo que al misionero deben la fe religiosa y la civilizacion europea. El misionero que llega á sentar el pié con firmeza en el territorio desconocido á donde su obediencia y su caridad le han llevado, es-

tudia, sin olvidar su tarea evangélica, la historia del pueblo en que reside y sus condiciones naturales, proporcionando de esta manera datos preciosísimos á la ciencia, á la arqueología y á todos los conocimientos de que se envanece con justicia, aunque con exageración, la sociedad presente.

La China, por ejemplo, que ha tenido empeño constante en ocultar su particularísima civilización y su historia íntima á los ojos del mundo; que ha opuesto obstáculos insuperables á la investigación de los viajeros y de los sabios; que ha burlado la solícita curiosidad de los políticos, no ha podido resistir á la santa pertinacia de los misioneros que, á fuerza de sangre, de sufrimientos y de paciencia, han logrado penetrar en aquel país extraño y derramar sobre él la luz de la verdad cristiana, y estudiarle en sus monumentos, en sus libros, casi impenetrables, y en sus costumbres. Todo lo que se conoce de la China y del Japon, á los misioneros se debe principalmente. Esta sola consideración bastaría, si el bien de las almas no importara más, para mover el celo de los católicos de todo el orbe, y aún de los que no lo son, en pro de la Obra que el Papa con elocuente frase recomienda.

España, como hemos dicho, figura entre los menos entusiastas cooperadores de esa obra sublime de caridad, que es al mismo tiempo obra de civilización y de ciencia. Los recursos que para sostenerla se necesitan son inmensos. Lo que se exige á los cooperadores de la propagación de la fe es una cantidad insignificante: algo así como cinco céntimos semanales. ¿Continuará España demostrando que no se interesa por la gloria de Jesucristo, ni por los progresos de la civilización y de la ciencia? Indolentes y todo como somos los españoles para estas obras de perseverancia y de aparente pequeñez, no es creíble que desoigamos en esta ocasión la voz del Romano Pontífice, que solicita el concurso de la cristiandad para dar mayor impulso á las Misiones.

Así como así, el Occidente, ingrato y ciego, olvida lo que debe á la Iglesia, y la abandona á la sola fuerza de su espíritu inmortal. Coadyuvemos, pues, á la regeneración del Oriente y de los pueblos todos sumidos en la barbarie, porque acaso Dios espera no más una señal de nuestra actividad para abrir las válvulas de su misericordia hacia aquellas gentes entenebrecidas, y salvar por este medio al mundo que le desconoce.

EL PATRIARCADO DE ANTIOQUÍA.

UNA PÁGINA DE HISTORIA Y DE GEOGRAFÍA SEGUN LAS ACTAS DE LOS APÓSTOLES Y DIVERSOS AUTORES ECLESIASTICOS Y PROFANOS (1).

I.

LA SIRIA.

La Siria, extensa región del Asia, comprendía, en el sentido que generalmente le da el Antiguo Testamento, la Siria propiamente dicha y la Mesopotamia, y se dividía en muchos Estados, siendo el más importante el de Damasco.

Siria, nombre moderno, era llamada Aram por los

(1) *Enciclopedia*, Migne, —Darras, —Adricomio, —Berruyer, *Regia biblioteca*, etc.

hebreos, y aquella misma denominación ha dado origen al de Soristan ó Suria.

Este país era muy fértil y comercial, y sus reyes estaban en lucha frecuente con los israelitas ya desde Saul: David triunfó de todos los reyes de Siria, y Jerusalén se enriqueció con los despojos de las ciudades enemigas.

La invasión de Teglathphalasar, rey de Asiria, fué fatal á los sirios y á los israelitas, y la población de la Siria fué, como la de Israel, deportada al país de los asirios.

Dominada sucesivamente por los asirios, los babilonios, los persas y los macedonios, la Siria no se levantó de sus ruinas y postración más que bajo los sucesores de Alejandro el Grande, y llegó á ser el centro del gran imperio de los Seleucidas, 301 años antes de nuestra Era. Este Imperio abrazaba entonces todos los países comprendidos entre el Mediterráneo al Occidente, el Indus y los montes Imaús al Oriente, el Oxus al Norte, el mar Eritreo y los desiertos de la Arabia al Sur, es decir casi todo el Imperio oriental de Alejandro.

Los príncipes Seleucidas, cuyo reinado comprende los años de 312 á 63 antes de Jesucristo, fueron enemigos encarnizados del pueblo judío, y le hicieron guerra tenaz que terminó con la victoria de los Macabeos.

El primero de los Seleucidas, del cual tomaron su nombre, fué Seleuco, uno de los generales de Alejandro, al que después de la muerte de su soberano tocó por herencia casi toda el Asia hasta el río Indus; país que constituyó, como hemos dicho, el reino de Siria, del nombre de la provincia en que Seleuco edificó Antioquía, su principal residencia. Su reinado fué ilustre, y el vasto reino de Siria se sostuvo con gloria bajo sus descendientes por espacio de cien años, después de los cuales quedó reducido á la provincia de Siria. Pompeyo la conquistó convirtiéndola en simple provincia romana, pasando después sucesivamente al dominio de los sarracenos, de los cristianos, de los sultanes de Egipto y de los turcos, á los cuales pertenece desde 1516. El año 204 antes de Jesucristo uno de los Seleucidas, Antiocho el Grande, había sujetado á su dominio la nación judía.

El año 175 Seleuco Philopator envió á Heliodoro con encargo de apoderarse del tesoro que contenía el templo de Jerusalén, con lo cual se llenó de consternación la ciudad.

«Pero el Espíritu del Dios todopoderoso se hizo allí manifiesto con señales bien patentes, pues derribados en tierra por una virtud divina cuantos habían osado obedecer á Heliodoro, quedaron como yertos y desparvoridos.

«Porque se les apareció montado en un caballo un personaje de fulminante aspecto... el cual, acometiendo con ímpetu á Heliodoro, le pateó con los pies delanteros del caballo.

«Aparecieron también otros dos gallardos y robustos mancebos llenos de majestad y ricamente vestidos, los cuales, poniéndose uno á cada lado de Heliodoro, empezaron á azotarle...

«Con esto Heliodoro cayó luego por tierra envuelto en oscuridad y tinieblas; y habiéndole cogido y puesto en una silla de manos, le sacaron de allí sin habla y sin esperanza alguna de vida.

«...Entonces algunos amigos de Heliodoro rogaron con mucha eficacia á Onías que invocase al Altísimo á

fin de que concediese la vida á Heliodoro, reducido ya á los últimos alientos.

«Y el Sumo Sacerdote ofreció una víctima de salud por su curacion.

«Y al tiempo que estaba haciendo la súplica, aquellos mismos jóvenes, poniéndose junto á Heliodoro, le dijeron: — Dale las gracias al sacerdote Onías, pues por amor de él te concede el Señor la vida. Y habiendo sido tú castigado por Dios de esta suerte, anuncia á todo el mundo sus maravillas y su poder. — Dicho esto desaparecieron. Heliodoro, en efecto, habiendo ofrecido un sacrificio á Dios y hecho grandes votos á aquel Señor que le habia concedido la vida, y dadas las gracias á Onías, recogiendo su gente, se volvió para el Rey. Y atestiguaba á todo el mundo las obras maravillosas del gran Dios, que habia visto él con sus propios ojos (1).»

El año 170 antes de Jesucristo 40,000 judíos mueren degollados por Antíoco Epifanes, que despoja Jerusalem de todos los objetos pertenecientes al culto. Dos años despues, irritado por una afrenta que ha recibido de los romanos, vuelve todo su furor contra los judíos, y forma el proyecto de destruir el templo, la ley mosaica y toda la nacion. Los Libros santos son echados al fuego, el templo es profanado, los israelitas fieles son acuchillados ó desterrados.

Eleazar es muerto á sus ojos; los siete hermanos Macabeos y su madre sufren heroicamente un suplicio horrible. Pero levántase en armas el santo sacerdote Matatías, y secúndale victoriosamente su hijo, Judas Macabeo. Este Antíoco, llamado el impío, fué el que expió sus maldades con espantosa muerte, sin obtener misericordia, porque su arrepentimiento fué falso é hipócrita.

Judas continúa combatiendo heroicamente contra los dueños del Asia, los soberanos de Antioquía, y muere con las armas en la mano el año 162 antes de Jesucristo.

Su hermano Jonatás sostiene su reputacion, pero Demetrio entra en Jerusalem (año 149). Interviene Roma y auxilia á los Macabeos. El más afortunado de éstos, Simon, adquiere un nombre ilustre por su valor. Demetrio Nicanor, soberano de Antioquía, reclama á su vez el apoyo de Simon, quien paga con su vida, bajo Antíoco Sidetes, los servicios que habia prestado á su padre Demetrio.

Mas luego los Seleucidas se vienen á las manos, y la Siria, destrozada por las guerras civiles de sus príncipes, cambia de señor.

Desmémbrase la Asiria, y de sus restos se forma el imperio de los Partos. Acuden á su vez las legiones de Roma, y plantan allí sus estandartes. Ante los romanos desaparecen los Seleucidas y con ellos el reino de Siria, reducido por Pompeyo á provincia romana 64 años antes de nuestra Era.

El idioma de los antiguos sirios era hermano del hebreo y del árabe, aunque se acercaba más al caldeo ó arameano; de modo que los sirios y los caldeos se comprendian perfectamente.

Despues de la conquista de Alejandro el Grande extendióse más y más el uso de la lengua griega y mezclóse con la indígena. Hoy el idioma siríaco se ha casi extinguido, y sólo se usa en las iglesias de los cristianos de Siria.

(1) II Machab. III.

II.

ANTIOQUÍA.

Antioquía fué construida poco despues de la batalla de Ipsus (año 301 antes de Jesucristo) cerca del Oronte y á 30 kilómetros del Mediterráneo por Seleuco Nicanor, el primer Seleucida, quien hizo de ella la capital de su Imperio y le dió el nombre de su padre Antíoco. Fué por largos años una de las ciudades orientales más importantes. En los tiempos florecientes del Imperio romano Antioquía era la residencia ordinaria de los gobernadores del Oriente. Tenia cinco leguas de circuito, y la naturaleza como el arte habia contribuido á hacer formidable su posicion.

Desde los primeros momentos de su existencia, embellecióse esta ciudad con suntuosos palacios y magníficos templos. Su circo, sus teatros, sus ricos bazares, contribuyeron tambien á darle una celebridad que aumentó considerablemente cuando se convirtió en centro de las ciencias y de las letras. Sus voluptuosos verjales de laurel hicieron dar á uno de sus arrabales, que encerraba además un templo consagrado á Daphne, el nombre de esta deidad; nombre que la distinguió de las otras seis ciudades que, ya en Siria, ya en otras partes, se denominaban tambien Antioquía.

En tiempo de san Pedro contaba esta ciudad 700,000 habitantes. Llámala generalmente la *célebre*, y el emperador Justiniano la apellidó *Theópolis*, «ciudad de Dios.»

Si Antioquía brilló por sus esplendores humanos, tuvo tambien la gloria incomparable de haber sido una ciudad cristiana.

Brillará todavía algun tiempo bajo la dominacion romana; despues se hundirá bajo los azotes de las guerras y de los terremotos para llegar hasta nosotros con inmensas ruinas que acusan su antiguo esplendor, y su pobre poblacion de 10,000 almas, que vive en medio de los restos de sus antiguas murallas y de sus célebres acueductos. Los turcos la llaman Antakieh. «Bajo este nombre, dice Darras, parece que haya roto con todos los recuerdos de su gloria, y sin embargo el mundo entero sabrá hasta el fin de los siglos que en el año 36 de nuestra Era, dia 22 de Febrero, Antioquía tuvo el honor de recibir en su recinto un pescador de Galilea que se llamaba Simon y que Jesucristo habia apellidado Pedro.»

CORRESPONDENCIA.

CHINA.

Carta del P. Palomares, de la Orden de Predicadores.

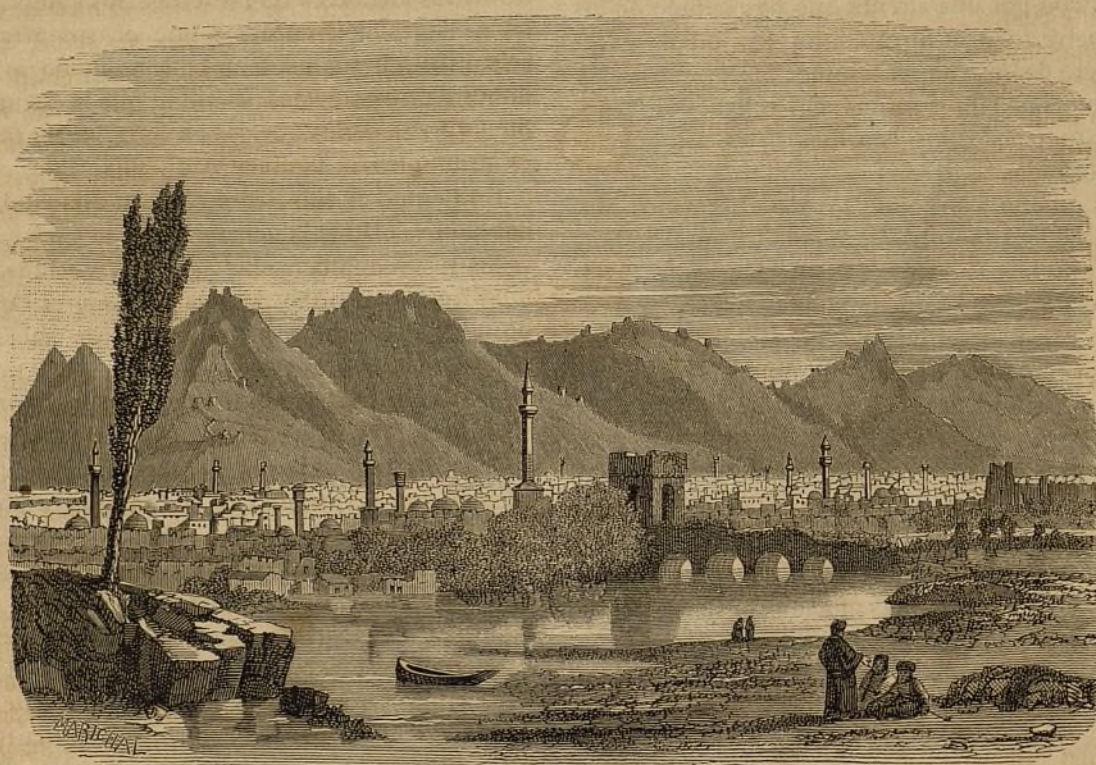
Fo-kien, 4 de Agosto.

...Desea V. que le hable de la gran dificultad del viaje y del estado de la Religion. De esto diré algo despues, ahora voy á hablar de lo primero. Pasados los magníficos puentes de piedra que hay en Fo-cheu, capital de esta provincia, ya no se encuentran en el radio de 100 leguas más que tres puentes de barcas, y estos en mal estado, de modo que no pueden resistir una riada, y al momento que llueve un poco, los amarran á la orilla. Con tanta penuria de puentes en extension tan considerable, es necesario que el chino excogite un medio fácil y barato para el tránsito de los ríos. Con un

barquichuelo de pasaje se arregla todo. Si hay grandes avenidas, los ríos se hacen invadables, y entonces quedan completamente incomunicados los pueblos ribereños. Este río que entra caudaloso en Fo-cheu lleva aquí muy poca agua. A veces se ensancha tanto, que los barqueros, metidos en el agua, tienen que empujar el barco para hacerle andar: otras veces se estrecha de tal manera, que hay una profundidad muy considerable. Casi todo él está sembrado de peñascos, ya grandes, ya pequeños. El viajar por un río tan desigual es penosísimo, especialmente al subir, pues hay día en que sólo se anda dos ó tres leguas, y aún ménos. La bajada se hace con bastante rapidez, pero hay peligro de irse á pique. No obstante, es un río frecuentadísimo, por el mucho comercio que hay entre estas ciudades y la capital. Los barcos grandes de Fo-cheu van hasta Ton-pin-fu, ciudad situada en medio de tres colinas, y cuyos muros lamen las aguas tres ríos, uno por cada lado y un tercero por delante de

y otros llegan hasta Tan-keu, centro del comercio de tres mandarinatos. Aquí descargan sus mercancías (sal, pescado salado, frutas secas, azúcar piedra, etc., etc.) los barcos de Fo-cheu, y los vuelven á cargar de lo que hay por estas partes (arroz, papel de estraza, té, sogas, tinteros de pizarra, madera, etc., etc.). En Tan-keu también confluyen otros tres ríos. El que sube hacia aquí, en cuyo tránsito no se encuentra nada de notable, á no ser el monte llamado «Nueve dragones,» guarida de bandidos, malhechores y tunantes, es, por decirlo así, la segunda edición corregida y aumentada de Sierra-Morena.

El otro río, que arranca de la ciudad de Sun-chan, dirige su curso hacia Chian-lo, Tai-nin y Kien-nin, ciudades de tercer orden. En la primera de ellas hay tres montes enteramente huecos, como las cuevas de Wyer y la pintoresca montaña de Montserrat. La autoridad local no permite entrar en dos de estas cuevas, en las que



VISTA DE ANTIOQUÍA. (Pág. 27)

dicen hay minas de oro y plata. Si algun erudito geólogo europeo visitase la otra cueva, abierta al público, quizá descubriría mil secretos de la naturaleza. Por gusto fui á recorrerla con un práctico, y tardé más de una hora desde que entré hasta que salí. Antes de entrar se percibe un viento muy fresco y bastante fuerte. Se penetra casi á gatas, y una vez dentro, se ven mil caprichos de la naturaleza, figuras de animales, columnas aisladas, balcones, ataúdes paraguas, etc., etc. Encuéntranse también espaciosos salones, unos altos, otros bajos. Todavía recuerdo que el práctico gentil cogió una piedra y la tiró contra un bulto negruzco, y sonó con tanta claridad como las campanas de buen metal. Después de pasar varias encrucijadas, de subir y bajar varias veces, se llega á una gran planicie, en donde ya no se necesita luz artificial: hay allí un altar de ídolos, lo cual no es extraño, pues todo lo de esta cueva lo atri-

buyen los paganos á los *espíritus*. Después se sube una escalera muy alta, y por la parte opuesta de la entrada se sale al aire libre. Por no alargarme omito otras menudencias. En Tai-nin encontré otro monte que también debe estar hueco, pero no había entrada. El fuerte aire que salía por un agujero y el eco de la voz me lo hicieron sospechar. A los lados del río hay alguna que otra ciudad, todas de aspecto feo y tétrico. Se encuentran también algunos pueblos de poca importancia.

Dicho así, á grandes rasgos, lo que hay por estas alturas, tiempo es ya de hablar de cosas más interesantes y serias.

Los cristianos de la capital se extienden por todo el río hasta Ton-pin-fu. Los de estas ciudades, llamadas de arriba, comienzan tres leguas más abajo de este último punto. La mayor parte de los cristianos está intramuros. No hay iglesia, y la administración se hace en casa del

cristiano más caracterizado. Estos cristianos son letrados, forenses, comerciantes, y lo pasan bien. En el siglo pasado la cristiandad era más floreciente, pero tronchóla el huracan de la persecucion. En aquella poblacion teníamos dos iglesias. Además de la principal, había otra dedicada á la Santísima Virgen. En la actualidad todavía conservan los nombres de *Sala de Dios* y *Sala de la Virgen* respectivamente. He oído decir que Ton-pin-fu era residencia episcopal.

Desde esta prefectura hasta la villa de Sun-chan no se encuentran cristianos. Diez leguas más arriba está Chian-lo, con iglesia, un misionero y unos 500 cristianos. Lo propio que los de Ton-pin-fu son letrados, forenses, comerciantes, etc. En tiempo de la persecucion sufrieron mucho. La casa del principal cristiano fué cercada y escrupulosamente registrada por esbirros y soldados. Corría la voz de que allí estaba escondido el misionero, mas no era así, pues se hallaba en un pueblo distante cuatro jornadas de Chian-lo. Los sagrados ornamentos fueron llevados al tribunal del mandarin, juntamente con el cristiano que los cargaba. El misionero no pudo ser habido. Los ornamentos fueron quemados, y el cristiano condenado á la pena capital.

Límitrofes á Chian-lo son las ciudades de tercer órden, Tai-nin y Kien-nin. En las dos tenemos cristiandades. Con Kien-nin concluye la provincia de Fo-kien y comienza la de Kiang-si. En esta provincia tambien trabajaron gloriosamente los antiguos misioneros Dominicos por extender el reino de Dios y su justicia entre estos pueblos idólatras. El mandarinato de Kien-chan fué uno de los teatros de las penosas correrías y de los envidiables triunfos de los hijos de santo Domingo de Guzman, que fundaron numerosas y buenas cristiandades. Los sudores, las penas y los trabajos de los Dominicos españoles son ahora el descanso, el gozo y la corona de los Paules franceses. De la provincia de Kiang-si fué electo vicario apostólico el dominico P. Varo. Tengo entendido que el Ilmo. Sr. Carpena tambien cuidaba de la administracion espiritual de dicha provincia, y parece ser que la tuvo de abandonar la Orden por falta de personal suficiente.

Me he subido demasiado, y es necesario retroceder hasta Sun-chan á buscar el rio que sube por estas partes. En un territorio de unas diez leguas de extension no se halla ni un solo cristiano. Pasada esa distancia, todavía restan 31 leguas hasta los límites de esta provincia. En tan largo trecho tenemos desparramados los cristianos, lo cual es causa de que la administracion espiritual sea penosísima.

Casi todas estas cristiandades datan de unos 20 años á esta parte. Antes de la persecucion estaba bastante extendido el cristianismo en el mandarinato de Siau-u. Había pueblos en su totalidad cristianos, y en otras villas sujetas á Siau-u los teníamos á centenares. Con las vejaciones de los gentiles y la falta absoluta de misioneros, se extinguió paulatinamente la luz del Evangelio. Dios se digne abrir los ojos de tantos ciegos para que le conozcan y alaben su santo nombre.

La ciudad en que está edificada esta iglesia es la última de la provincia, y confina con Kiang-si. Y hénos aquí otra vez enlazados con los misioneros Paules. En el Fu de Kuang-sin tienen éstos antiguas y fervorosas

cristiandades, fruto tambien de las penalidades y tribulaciones de los antiguos misioneros españoles. Es más todavía: en el sobredicho mandarinato de Kuang-sin hay enclavado un pueblo cristiano con su iglesia correspondiente; pues bien, toda esta cristiandad es natural de Fo-kien, y emigró á Kiang-si para ganarse la vida. Los Dominicos debemos estar tambien muy reconocidos á los Padres de la Congregacion de la Mision, pues caritativa y desinteresadamente pasaron á Fo-kien para la administracion espiritual de nuestros cristianos en tiempos en que los misioneros de aquí eran muy contados, y apenas podian administrar en las ciudades de abajo.

Los Padres de nuestra Orden no se circunscribieron á los estrechos límites de las provincias de Fo-kien y Kiang-si, sino que, en alas de su fervoroso celo, volaron á la de Tche-kiang, que en la actualidad está á cargo de los sacerdotes de las Misiones extranjeras. En Pœ-siki de Tche-kiang descansan los restos mortales del ilustrísimo Fr. Pedro Alcalá, vicario apostólico del mismo Tche-kiang, juntamente con los del P. Felipe Leonardo, ambos de nuestra Orden. La provincia de Kiang-nan, que está ahora al cuidado de los Padres de la Compañía de Jesús, recibió tambien la benéfica influencia de los hijos de santo Domingo. Vicario apostólico de Nan-kin, que radica en Kiang-nan, fué el Ilmo. Sr. Lopez, obispo basilense. Su sepulcro y el del P. Timoteo de San Antonino, igualmente de la Orden, están en Nan-kin. El Ilmo. Fr. Francisco Varo, muy erudito en el idioma y literatura de este Imperio, y autor de una obra de religion en caracteres chinos, fué electo vicario apostólico de las tres provincias de Kiang-si, Yun-nan y Kuang-tong: estas dos últimas actualmente son administradas por los sacerdotes de las Misiones extranjeras. En Kuang-tien está enterrado el Ilmo. Fr. Magin Ventallol, que sirve como recuerdo de que la Orden de Predicadores pasó por allí haciendo bien. Hasta la Corte de Pekin llegaron los misioneros Dominicos á dar testimonio de su fe, y alguno de ellos allí murió. En la actualidad la Orden cuida solamente del Fo-kien á causa de la division en vicariatos apostólicos hecha por los Soberanos Pontífices.

Nuestra Orden ha enviado á este Imperio una gloriosísima falange de celosísimos misioneros que por una parte combatian briosamente y sin tregua los errores gentílicos con el fin de salvar las almas, y por otra defendian con ardoroso celo y ciencia sublime la pureza de la fe católica contra opiniones acomodaticias, justamente condenadas despues por el gran Benedicto XIV, de feliz memoria. Durante los tres siglos que nuestra Orden lleva en China, han sido consagrados obispos diez y ocho misioneros. Han derramado su sangre por la fe dos obispos y cuatro sacerdotes, todos declarados venerables. Otros Padres fueron presos, azotados, sufrieron el terrible tormento de los tobillos, y finalmente les desterraron del Imperio. Otros fueron renombrados apologistas de la Religion, y bien claro lo demuestran sus obras escritas en lengua china. No han faltado historiógrafos, ora de las cosas del Imperio, como el célebre P. Navarrete (1), citado con elogio por Gaume, Ni-

(1) Tambien escribió sobre el particular el dominico Fr. Victorio Ricci, cuyo escrito inédito se conserva en el archivo que tiene la Corporacion en el convento de Santo Domingo de Manila.

colás y los PP. Ráulica y Zeferino; ora de las cosas de la Religión, como el P. Fr. Pedro Muñoz, que escribió la *Historia de la Mision*, y como el granadino Ilmo. señor Serrano, venerable mártir, el cual estando preso en la cárcel de Fo-cheu, allí mismo escribió la *Historia de la persecucion*, con que tapó las bocas de algunos sujetos frívolos.

Fáltame decir dos palabras sobre el *pastoreo* protestante, que hace poco se encumbró por estas alturas. En estas ciudades tienen los protestantes dos templos y tres capillitas que titulan *Salas del Evangelio*. Su proselitismo, si se ha de creer á cristianos y gentiles, es absolutamente nulo. Es una impertinencia, por no decir necedad de primera magnitud, querer implantar el protestantismo en tierra de gentiles, cuando está dando las últimas boqueadas y hundiéndose en el ateísmo allá en la tierra que abortó la secta. Los pastores con sus *damas* salen por los pueblos al *pastoreo*. Son médicos, cirujanos, farmacéuticos, curan las enfermedades y propinan las medicinas de balde. He oído decir que venden medicinas, y entre otras el antidoto del opio; y para que haya de todo también venden el opio... azote que Dios ha enviado á este país en forma de humo aromático, para castigo de este pueblo idólatra (1).

INDOSTAN.

Carta del P. Fabre, de la Compañía de Jesús, misionero del Maduré.

Ramnad, 8 de Noviembre de 1880.

...En esta ciudad fué martirizado y condenado á muerte el bienaventurado Juan de Britto, uno de los primeros apóstoles del Marawa, y de aquí partió para consumar su martirio en Oriur el 4 de Febrero de 1693. Desde entonces no ha dejado Oriur de atraer gran multitud de peregrinos, cuyas ofrendas son absorbidas por los presbíteros y cristianos de la jurisdicción de Goa que están en posesión de aquella iglesia. Ramnad, al contrario, ha quedado hasta el presente olvidado y casi abandonado de todos, y sólo algunos paganos que se acuerdan del Bienaventurado y le miran como un dios vienen alguna vez á pedirle favores y depositar á los pies de su estatua algunos céntimos y sobre todo flores.

Desolado por tal abandono y deseando asegurarme la protección del ilustre Mártir, he resuelto no perdonar medio para honrarle y hacerle honrar por la ciudad que le torturó, expulsó y condenó á muerte.

A principios de este año se me presentó llorando un pobre niño de diez años, y postrándose á mis pies suplicóme le salvase la vida y le librase de la apostasía tomándole á mi servicio.

—El *Suami*, decía, me dará un poco de arroz para que no muera de hambre y un trozo de tela para cubrir mi desnudez. Yo en cambio le serviré fielmente y le amaré como á un padre.

El de este pobre niño había muerto de hambre, y su madre, recién convertida, había expatriado obligada por la miseria, dejando á su hijo en manos de unos parientes paganos que todo lo ponían en obra para hacerle apostatar.

(1) Véase sobre el particular el *Mosaico chino*, pág. 47.

Sus palabras, sus lágrimas, tanto infortunio, me partían el corazón; y aunque el chico era demasiado joven para cuidar y guiar los bueyes que conducen nuestros equipajes, le acogí, añadiendo á este cargo, aunque os asombréis, los de cocinero, repostero, camarero, sacristán, etc. Y si no fué también campanero, es porque nuestras 30 ó 40 chozas que aquí llaman *hovil* (iglesia) no tienen campanario ni campanas. Encargóse de cocer el arroz y moler la pimienta, el cilantro (1) y los otros diez cáusticos cuya salsa hace delicioso el arroz y exquisita el agua salada ó cenagosa del Marawa. En resumen, mi huérfano constituyó desde entonces él solo toda mi casa.

Por desgracia, transcurridos algunos días, noté que mi chambelan gozaba demasiado de las dulzuras de su posición, que mi monacillo mentía, que mis bueyes caían desfallecidos por su no interrumpido ayuno, y que su pequeño mayoral, expulsando las rupias del reducido territorio de mi pobre bolsa, robaba cuanto podía, viniendo al fin la epilepsia á coronar tan bellas cualidades.

Tenia, pues, á la mano todo lo que hubiese podido desear para hacer brillar la poderosa intercesión del santo Mártir y para hacer de Ramnad un lugar de peregrinación. Mi jovencito enfermo recibió entonces la orden de encomendarse bien á Dios y sobre todo de poner en regla su conciencia. Curada el alma, sería relativamente fácil restituir la salud al cuerpo. Gracias á una novena y á la reliquia del Santo, obtúvose el doble favor que se solicitaba. Hace seis meses que desapareció por completo la epilepsia, que según parece es achaque de la familia del niño, y que antes le atacaba cuatro, cinco ó seis veces al mes. Esta enfermedad persiste y aumenta en una hermana suya, hasta el punto de hacer temer por sus días.

Confío que el Patron de Ramnad continuará su obra y que el joven huérfano podrá decir siempre:

—El bienaventurado Arulanoder (Juan de Britto) es quien me ha salvado.

Hoy, en efecto, doblemente salvado, mi sacristán no sabe ya mentir, mi cajero no sabe ya robar.

Esta misma mañana me decía:

—Suami, ¿me permitiréis escribir á mi madre?

—¿En dónde vive tu madre?

—En Pinang.

—¿Cómo se llama?

—¡Oh! ha vuelto á tomar su nombre pagano, y tal vez haya apostatado.

—Escríbele, hijo mío, y sobre todo ruega mucho por ella.

Cuando hubo terminado la carta, quiso que la leyese; mas como me hubiera costado descifrar los garabatos que había trazado en lengua tamula, díjele que bastaba me refiriese su contenido.

—Escribo que el *Suami* me sirve de padre y que le amo...

—¿Y luego?

—Pido á mi madre que me envíe 20 rupias.

—¡Veinte rupias! ¿para qué?

—Para entregároselas.

—¿Cómo se entiende?

(1) Yerba aromática y ramosa, de tamaño del perejil, las hojas algo redondas, el tallo redondo y estrecho, las flores rosáceas y en ramitos en forma de parasol, y la simiente globosa, aromática y de virtud estomacal.

—Sí, para entregáoslas, porque vos decís muchas veces á los cristianos: «¡Oh! si tuviese rupias, pegaría fuego á esas chozas, nidos de murciélagos, que llamáis iglesias, y entonces veríais que un templo no es una pared de barro cubierta con hojas de palmera.» Os daré, pues, las 20 rupias, y podréis construir una iglesia al bienaventurado Arulanoder.

—¡Linda iglesia tendríamos, á fe, por 20 rupias! Se necesitarían á lo menos cien veces más, hijo mío.

—Pues que escriba el *Suami* al país de los blancos, y le enviarán muchas rupias, y así el Bienaventurado, á quien debo mi curación, tendrá un hermoso templo.

De tal manera ha cambiado este pobre chico, y no es esta la única gracia obtenida aquí por intercesión del santo mártir Juan Britto.

Ultimamente Lucía Pragasia, hija de nuestro catequista, cayó en un pozo de 15 metros de profundidad que hay cerca de la iglesia del Mártir. A los desesperados gritos de la madre acudieron los paganos de la vecindad, y uno de ellos bajó al pozo sacando á la muchacha sana y salva y sin la menor lesión, á pesar de que el agua del pozo no llegaba á dos dedos. Nuestro glorioso Patron había escuchado la súplica de la madre, y los paganos, admirados de tal prodigio, exclamaban:

—Seguramente es el santo de esta iglesia, Arulanoder, quien ha protegido á esta niña.

COSTA DE BENIN.

Carta del Rdo. Terrien, de la Sociedad de Misiones africanas.

Porto-Novo, 28 de Junio de 1880.

Os escribo desde esta célebre ciudad de Porto-Novo, en donde reina independiente el rey Toffa I (*toffa* significa «la tierra está en paz»). Aquí vivo hace cuatro años, y os aseguro que me encuentro feliz en medio de mis negros y de mis salvajes.

Esta ciudad nada ofrece de notable sino su fealdad y sus innobles fetiches. Sólo el barrio europeo presenta buen aspecto, ahora sobre todo que nuestra nueva y bonita iglesia, coronada con su hermosa cruz, domina todo el país y muestra á todos la majestad del verdadero Dios. Porto-Novo, como las demás ciudades de los negros, produce á los ojos del europeo el efecto de una vasta aglomeración de pequeñas chozas diseminadas acá y allá, ora en masas compactas, ora aisladas. Inmensas hoyas, á las que más de una víctima humana ha sido echada durante la noche, han proporcionado la tierra para elevar las paredes, sirviendo de techo la palma y el bambú.

Las calles de la gran ciudad negra no son sino senderos cortados en todos sentidos, en los cuales se pierde el visitante que no va con un guía experimentado. A cada paso ofenden la vista monstruosas indecencias, y el olfato nauseabundas emanaciones.

Plazas no faltan, siendo sin contradicción la más bella la del palacio, en la cual hay gran feria cada cuatro días. Los ministros y cabeceras ejercen autoridad en los diversos barrios cuya administración se les ha confiado; pero dejando este punto como poco interesante, os hablaré preferentemente de Su Majestad negra y de mis últimas entrevistas con ella.

Hace quince días fui por la mañana con los niños de

la Mision á dar un corto paseo por las afueras de la ciudad: estábamos en vacaciones, y queríamos respirar el aire puro del campo. Saliendo por la puerta de Ataqué nos vino á las mientes ir á visitar el palacio campestre de Su Majestad; y atravesando campos de maíz, después de caminar media hora llegamos á la vista de Becon, situado sobre una pequeña colina. Apresurámonos el paso, y pronto nos encontramos delante del nuevo palacio. El Rey estaba ausente, y después de pasear un poco por aquellos contornos, regresamos á la Mision atravesando toda la ciudad.

Pocos momentos después de nuestra llegada vinieron algunos *laris* anunciando que el Rey quería hablarme. Eran las once y comenzábamos á tomar nuestro modesto almuerzo. Hice observar á los mensajeros del monarca que, acabando de dar un largo paseo, tenía necesidad de tomar algún descanso; que por otra parte yo, blanco, temía mucho el calor para salir á tal hora, y que en su virtud tuviese el Rey la bondad de recibirme á las cinco de la tarde. Los *laris* partieron para dar cuenta de su comisión; y al mismo tiempo, para guardar con Toffa los deberes de cortesía que le son debidos, llamé á uno de mis muchachos y le dije:

—Antonio, toma el bastón de la Mision (1), y anda á palacio. Después de saludar al Rey le dirás que los Padres le agradecen infinitamente el honor que acaba de hacerles; que el Superior á quien desea ver, sintiéndose algo fatigado, le pide como un favor que tenga á bien aplazar la audiencia para las cinco de la tarde.

Partió mi joven mensajero, y rogué á Maria Inmaculada que bendijese su mision. Volvió contento y satisfecho: el Rey había accedido á mi demanda, y pude hacer mi corta siesta y rezar en mi Breviario.

A las cuatro y media salí con un niño por intérprete, y me dirigí á la Real vivienda. Como no se puede hablar directamente á Su Majestad, un intérprete es siempre necesario. Hé aquí la manera de proceder: yo hablo en portugués á mi intérprete, que traduce mi frase en *nago* á uno de los jefes *laris*, quien á su vez lo traduce en *jiji* al Rey, haciéndose en orden inverso las respuestas de éste. Cuando Toffa está de buen humor suprime esta costumbre y contesta inmediatamente.

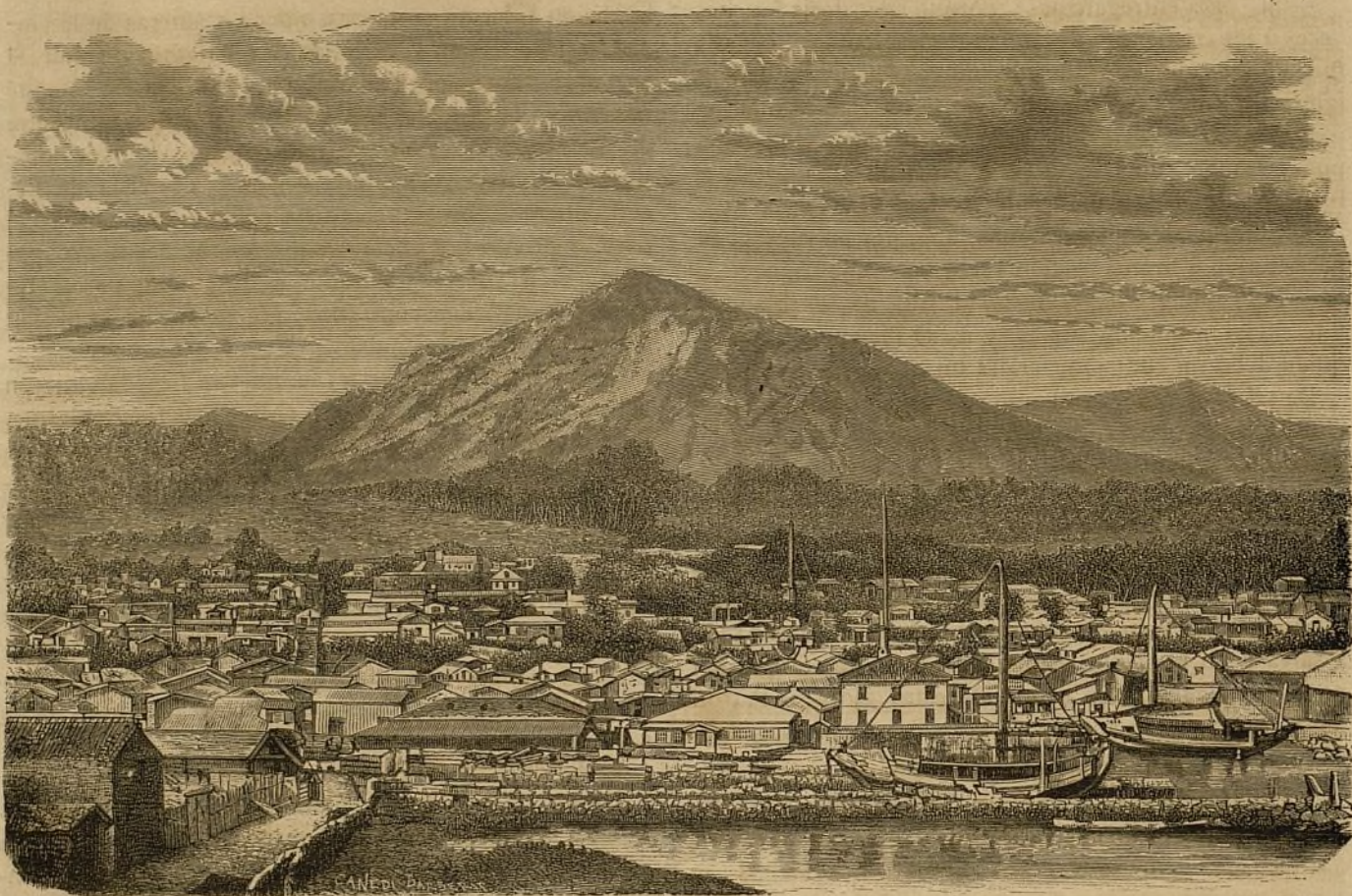
No se me hizo guardar antesala, sino que el Rey me recibió inmediatamente dándome un fuerte apretón de mano. Cambiados los primeros saludos, preguntóme sonriendo á dónde había ido por la mañana; y después de responderle como convenia, añadió:

—Siento vivamente no haberme hallado en Becon para hablar con el Padre, mi huésped y amigo.

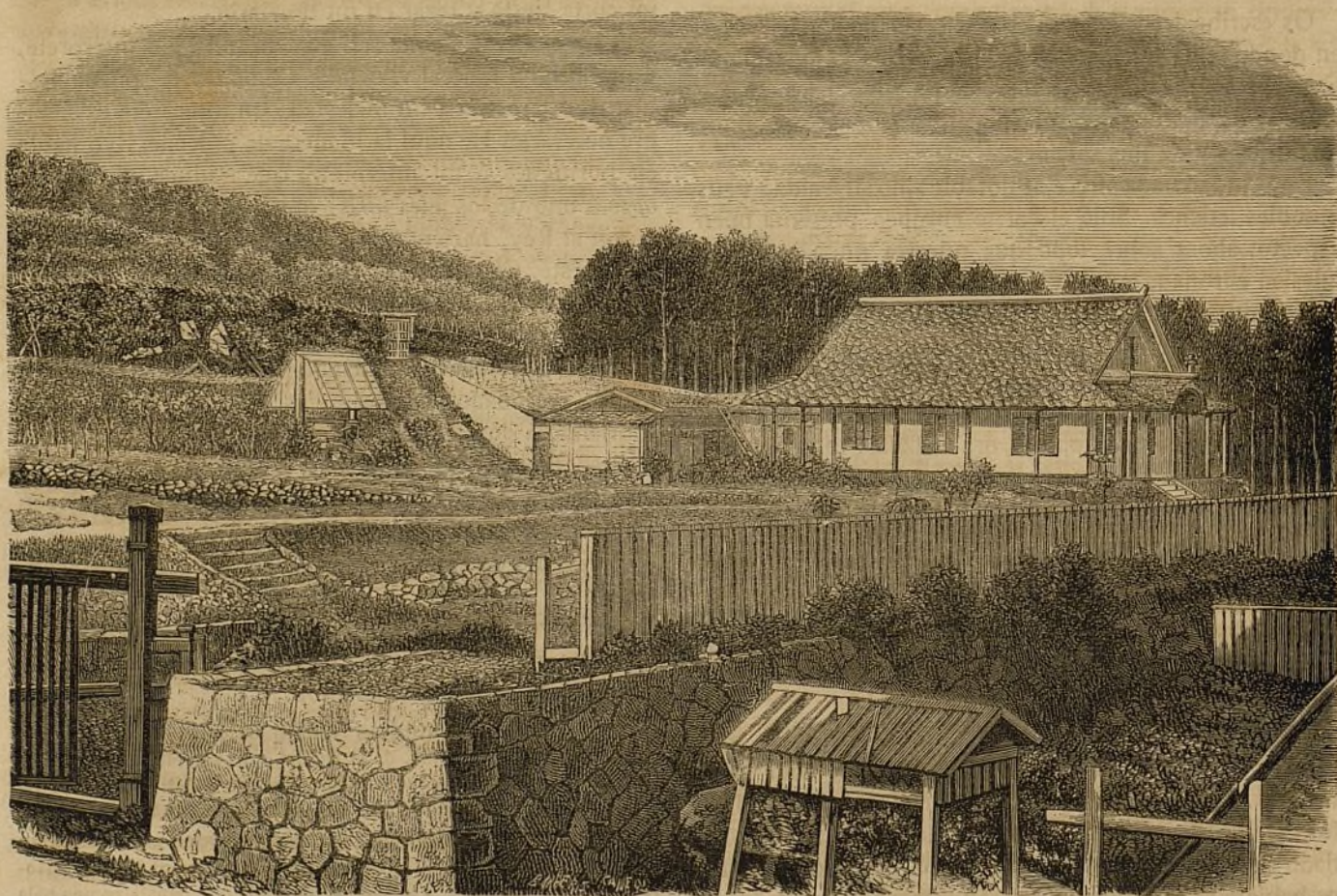
Y después de agradecerle tan delicada atención, continuó:

—Tal vez no te hayan recibido bien, y si tienes queja contra álguien, dímela, pues quiero que seas amado y respetado de todo mi pueblo.

(1) En la costa occidental del África el bastón es la representación convencional del individuo, de la familia ó del establecimiento que es su propietario reconocido, y recibe las mismas señales exteriores de respeto que á este último se dan. El rey, las autoridades, los magnates y principales comerciantes tienen bastones, é igual privilegio gozan la Mision católica, las casas de comercio europeas y los jefes de factoría. El bastón oficial de la Mision es una caña que remata en una bola de marfil con una crucecita. Generalmente los blancos se sirven de cañas, y los negros de ramas ó palos adornados con figuras de animales bien ó mal formadas.



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA. — Vista general de Hakodaté. (Pág. 37).



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA. — Establecimiento de la Mision. (Pág. 37).

Contestéle que durante los cuatro años de mi permanencia en su reino no había tenido sino motivos de alegrarme por las muestras de simpatía y de amistad que él y su pueblo me han dado siempre. Luego me ofreció un vaso de cerveza, y lo bebí con agrado á su salud. Al verle tan bien dispuesto conmigo, aproveché esta circunstancia para darle una lección de catecismo sobre el culto del verdadero Dios y sobre la falsedad de los ídolos ó fetiches, del mahometismo y del protestantismo.

—Nosotros los sacerdotes católicos, añadí, lo hemos abandonado todo, libertad, patria, familia y bienestar para predicar la verdad. Los intereses temporales en nada los estimamos; queremos únicamente servir al verdadero Dios y que también le sirvan los demás.

El Rey y sus *laris* aplaudían diciendo:

—El Padre tiene razón, él solo posee la verdad, todos los demás están en error.

Para convencerle más terminé diciendo:

—Si por desgracia sobreviniese una epidemia en tu reino, verías quedarse solo el misionero católico para cuidar á los enfermos.

Y como ejemplo le cité la heroica muerte de nuestro glorioso fundador (1) y de los primeros apóstoles de Sierra-Leona.

—Cuando tienes enfermos, ¿á dónde los envías? ¿no es acaso al hospital de la Mision católica? etc., etc.

No insistí más. El rey continuará tal vez honrando á sus fetiches, pero no será por convicción: ¡ah! de la convicción á la práctica hay largo trecho que recorrer. Toffa me habló en seguida de nuestra gran campana vénida de Nantes y recientemente instalada. Desde palacio había oído su voz sonora, mostrándose admirado. Dije que todavía no se había verificado la solemne ceremonia de bautizar dicha campana, para la cual esperaba al Superior general. Inmediatamente comprendí que Su Majestad asistiría en persona á la fiesta; y, en efecto, á la mañana siguiente uno de los amigos de Toffa me envió un pato y me comunicó en secreto que el Rey acudiría á la ceremonia y que le diese aviso con ocho días de anticipación. Antes de salir del palacio hablé á Su Majestad de nuestras escuelas y de la instrucción necesaria al progreso y á la civilización, y prometió enviarme uno de sus hijos.

Nueva ocasión tuve de ver al Rey cuando llegaron de Santa Elena nuestros misioneros, para los cuales obtuve una audiencia. Toffa se mostró muy complaciente, ofreciéndonos *Champagne* y regaló á mis compañeros una hermosa ave de corral. Como le dijese que tal vez en el año próximo me vería obligado á volver á Europa por causa de mi salud, Toffa añadió que vendría conmigo, pues deseaba muchísimo estudiar la Europa para ver cómo en este país civilizado gobiernan los reyes á sus súbditos para imitarles.

El domingo siguiente quiso el Rey hacer una visita á todos los negociantes europeos, deseoso de mostrar á su pueblo sus ricas vestiduras y sobre todo su soberbia corona enteramente nueva, con un león de oro por remate. Sin avisarnos antes, vino á nuestra residencia, aunque no quiso subir á nuestra habitación, sino únicamente entrar en la iglesia donde reside el verdadero Dios. Los principales ministros y *laris* entraron solos con él

en el templo, quedándose las mujeres á la puerta. Era la una de la tarde, y nuestra capilla estaba como en los domingos ordinarios. El P. Chautard tocó algunos aires en nuestro magnífico armonium que el Rey miraba extasiado, y cantamos el siguiente estribillo portugués:

*Virgem de Porto-Novo,
Estendei a vossa mão;
Amparai o vosso povo,
Virgem da Conceição.*

Esta muestra de interés y amistad del Rey por la Mision católica no se les ha sentado bien á fetichistas, musulmanes y protestantes, pero su rabia y furor nos importan poco estando Dios con nosotros. A favor de nuestra hermosa iglesia, del culto exterior bien ordenado, de nuestro hospital, de nuestras escuelas y de la simpatía del Rey, lograremos, si no convertir al pueblo en masa, á lo menos inclinarlo fuertemente de nuestro lado y alcanzar todas las días algunas victorias. No ceseis de rogar para que así sea.

Carta del Rdo. Chausse, de la misma Congregación.

Lagos, 22 de Julio de 1880.

Hace un mes llegué por mar á Agüé. La pequeña habitación de nuestros misioneros apenas contiene espacio suficiente para extender nuestras esteras.

Agüé es una población mal construida y súa; y aunque me aseguran que su vecindario aumenta, el gran número de casas inhabitadas ó en ruinas parece indicar lo contrario.

Como Mision, Agüé ofrece el más bello porvenir. Las escuelas son muy frecuentadas. Verdad es que allí como en otras partes los padres, dignos imitadores de los negreros, sus antiguos amos, ignorantes, orgullosos y dados al vicio, son poco susceptibles de convertirse en verdaderos cristianos; pero esta juventud numerosa se formará, se perfeccionará en las escuelas y será el núcleo de una cristiandad floreciente.

Agüé, lo digo sin vacilación, es una Mision llena de esperanza y acreedora á todas las simpatías.

Nuestros hermanos han comenzado á construir una casa que debe ser á la vez iglesia, escuela y habitación. Ocupará un sitio saludable y podrá albergar á cinco misioneros.

En Whydah un viejo brasileño nos ha cedido por 13 shellings mensuales una casa para escuela. El maestro Lorenzo, de Lagos, está próximo á partir para dicho punto con objeto de abrir las clases. Nos hará mucha falta aquí, pero no he vacilado en hacer este sacrificio en bien de una obra tan urgente. Desde Agüé podrá fácilmente un Padre visitar Whydah todos los meses y llevar allá los auxilios necesarios.

Dicha escuela contará desde su apertura numerosos discípulos. El Yevoghan (gobernador) se nos muestra propicio y nos ha dicho que el rey del Dahomey, al nombrarle para dicho cargo, le había recomendado especialmente que hiciese lo posible para que vinieran al país los misioneros y les asegurase que no tendrían más *palavres*. Este Yevoghan estaba dispuesto, si lo hubiésemos deseado, á hacer reconstruir por sus hombres la casa de los Zomai, y quería también edificar inmediatamente la escuela; así es que al decirle que teníamos ya

(1) Ilmo. Marion de Bressillac.

local dispuesto, envió á felicitar al dueño de la casa, diciéndole que no podía hacer cosa más agradable al rey que favorecer á los Padres.

La ciudad de Whydah, que antes contaba más de 8,000 habitantes, se despuebla poco á poco, viéndose únicamente casas desiertas ó en ruina. El pueblo se va y no vuelve, disgustado de la arbitrariedad é injusticia que reina en este país. Los cristianos que he visto, sufrian bastante, respiraban mal de su gusto, y muchos no esperaban más que una ocasion para huir. Nuestra presencia ha sido para todos preciosa y les ha infundido aliento.

En Lagos, ciudad de 50.000 almas y centro de una colonia inglesa muy floreciente, los cristianos llegados de Wydah están muy contentos con la fundacion de nuestra escuela, á la cual conservan cariño, y muchos hablan de volver á ella.

Nuestra iglesia de Lagos es un verdadero monumento, y actualmente se construye su techumbre. Nos costará muy cara, pero no tenemos deudas. Todos los dias voy en busca de dinero, y los mismos protestantes, sea Dios loado, me lo dan de buen grado.

SENEGAMBIA.

Carta del P. Guy Grand, de la Congregacion del Espíritu Santo.

San José de Ngazobil, 3 de Setiembre de 1880.

Quiero daros algunos detalles satisfactorios sobre la cristiandad naciente de Fadiute.

A pocos kilómetros de Joal, en la embocadura de un rio, osténtase una graciosa isleta separada de tierra firme sólo por un estrecho canal. Allí vive literalmente amontonada una numerosa poblacion de Sereres, más apegados á su islote que los auvergneses á sus montañas. Cada dia se les ve partir con sus piraguas y su inseparable compañero el fusil, dirigiéndose con frecuencia á puntos muy distantes, á cultivar los campos, cortar mimbres, ramas y hojas de palmera, que emplean en la construccion de sus chozas ó en formar cestas y esteras. Las mujeres saltan tambien á las piraguas, particularmente para proveerse de agua en Joal, y manejan estas frágiles embarcaciones con igual destreza que los hombres. Su alimento casi exclusivo consiste en mijo, arroz, la caza que cogen, algunos frutos silvestres y pescado.

En cuanto á su religion, me seria bastante difícil dar cuenta de ella: únicamente sé que tienen un dia de reposo en la semana, y á veces dos, el lunes y el jueves, con algunas fiestas en el transcurso del año. Lo que los recomienda particularmente al interés del misionero es que no existe entre ellos la poligamia ni las fanáticas y estólicas preocupaciones de los sectarios de Mahoma, y hasta se asegura que les tienen á estos últimos tal horror, que evitan siempre su compañía, en términos que por nada de este mundo un habitante de Fadiute iria en una piragua con un musulman.

Al fin hemos podido realizar los deseos de los misioneros que nos han precedido, implantando la fe en medio de estas gentes rectas y sencillas. El año último fué designado un catequista de Joal para visitarles con regularidad é instruirles en las verdades de nuestra santa

Religion. Todos los dias iba á verles, acompañándole el P. Diouf siempre que sus ocupaciones se lo permitian. Ya desde las primeras visitas presentáronse multitud de jóvenes para oir la buena nueva, expresando altamente su satisfaccion y prometiendo volver. Efectivamente, cumplieron su palabra, aún más, trajeron consigo nuevos oyentes; y sosteniéndose y animándose mutuamente, han llegado á mostrar creciente aficion á las lecciones de catecismo. En vista de tan buenas disposiciones no hemos vacilado en construir una capilla aún antes de haber bautizado á un solo catecúmeno. Aunque sólo mide 10 metros de longitud por 6 de anchura, no deja de ser para esta pobre isla un verdadero monumento. Percíbese de lejos con su cruz, y aparece como signo del triunfo reportado sobre Satanás. A su lado se ha construido una casita para el misionero, y á cierta distancia otras dos viviendas para las Hermanas indígenas.

A mediados de Junio la capilla estaba casi terminada, y se fijó la ceremonia de bendecirla para el 24 del mismo mes, fiesta de la Natividad de san Juan Bautista. Pocos dias antes habíamos recibido de Francia una caja con vasos sagrados y ornamentos destinados, segun las indicaciones de una caritativa señora, al primer santuario que se construyese en la Mision. Este inapreciable regalo llegó, pues, muy á propósito y fué enviado inmediatamente á Fadiute. El desembarque de la caja con otros diversos objetos habia excitado ya la curiosidad de los habitantes, pero imposible me seria pintar su admiracion al ver tales riquezas, porque esta buena gente, á pesar de sus continuas relaciones con Joal, nada ha perdido de su primitiva sencillez. Figuraos, pues, con qué exclamaciones y gestos expresivos acogieron sucesivamente aquellos objetos, extraordinarios para ellos. Las dos casullas, blanca y encarnada, la cruz de altar, los candeleros, excitaron sucesivamente la admiracion de la muchedumbre reunida. Muy al revés sucedió al descubrir un gran cuadro de san Francisco Javier, patron de la nueva cristiandad: las mujeres y los niños huian espantados, mientras los hombres, más valientes, se agrupaban al rededor del mágico cuadro.

Uno de ellos, que se distingue por su elevada estatura y por su fuerza muscular, cogió el cuadro y declaró que él y sólo él tendria el honor de conducirlo á la capilla. Este hombre, padre de familia, es uno de los más fervorosos catecúmenos, aunque le cuesta retener en la memoria las oraciones y las verdades cristianas que se le enseñan. Pero nada le arredra, dice, con tal que obtenga la gracia del Bautismo. Apenas depuso su carga, precipitóse dentro la multitud.

— ¡Está vivo! ¡está vivo! — exclamaban todos contemplando al gran Apóstol de las Indias.

— Pero ¿qué hace? — preguntaban.

— Está bautizando, — respondió el P. Diouf, á quien abrumaban de preguntas.

— ¡Ah! está bautizando... Pero ¿es un negro á quien bautiza! — dijo uno.

Y todos á una exclamaban:

— ¡Sí, sí! tiene razon, es un negro.

La capilla estaba atestada de gente; todos querian ver aquella imagen viva, y despues salian, repitiendo su acostumbrada exclamacion ante los productos del arte ó de la industria de Europa:

— ¡Oh! cuán hábiles son los blancos!

Luego fueron sacados de las cajas dos ángeles en adoracion, lo cual dió margen á nuevas exclamaciones y á otro diluvio de preguntas, á las que difícilmente podia responder el P. Diouf.

— ¿Son hermanos? — le preguntaban.

— Sí, por cierto, pues se parecen mucho.

— ¿Tienen aún madre?...

El entusiasmo era general.

En fin, los preparativos estaban terminados, y llegó el día de bendecir la capilla. Pero durante la noche la primera lluvia del año, esperada siempre con impaciencia, habia empapado en agua los campos. Era aquella la señal de la siembra, así es que desde la mañana todos los hombres del pueblo de Ngazobil, provistos de calabazas ó sacos llenos de mijo, esperaban delante de nuestra capilla de San José para que se les bendijese el grano que iban á confiar á la tierra. Evidentemente no podíamos prometerles mucha asistencia á la ceremonia, y sin embargo todo estaba dispuesto para ella y no podíamos retardarla más tiempo.

Tres Padres de la Mision de San José partieron, pues, por la mañana con una parte de los niños. La marea era alta, y estábamos con algun cuidado por la travesía del canal de Fadiute, que en ciertos parajes tiene mucha profundidad. La piragua que ocupábamos con nuestros dos compañeros de Joal y algunos soldados fué la más expuesta. La inexperiencia de los pasajeros, que no sabian estarse quietos, infundia á nuestro piloto serias inquietudes. A cada golpe de remo la embarcacion se balanceaba fuertemente y amenazaba zozobrar, viéndonos precisados á retroceder y buscar otra embarcacion para dividir la carga. No obstante, éramos solos diez, mientras que en nuestro lugar veinte habitantes de Fadiute hubieran pasado sin la menor dificultad. Al fin llegamos á la isla y saltámos en tierra en medio de las demostraciones de alegría de la multitud. Rodeábanos los niños sin permitirnos dar un paso, y todos nos acompañaron á la habitacion dispuesta para los Padres.

La ceremonia comenzó á las nueve, celebrándose la misa con toda la pompa posible. Un armonium portátil, tocado por uno de nuestros jóvenes músicos, mezclaba sus dulces acordes al grave canto de la liturgia. Pronto la sagrada Hostia se elevó por vez primera en medio de esta pobre isla, sumergida hasta aquí en las tinieblas, pero que al fin ve resplandecer sobre ella la aurora de salvacion. ¿Cómo expresar los sentimientos y las emociones que experimentaba en tan solemne ocasion? Un sacerdote indígena ofrecia el Cordero inmaculado por este pueblo, cuyo apóstol es hoy: al pié del altar otros Levitas indígenas unian sus preces por la conversion de sus compatriotas, y con ellos oraban tambien de todo corazon algunas religiosas indígenas de la Congregacion de Hijas del purísimo Corazon de María, que por un voto especial añadido á los tres ordinarios de religion se obligan á trabajar en la conversion de los negros del Africa (1). Hallábanse tambien presentes varios soldados,

(1) Esta pequeña Congregacion, compuesta de religiosas indígenas de la Senegambia, fué fundada por el Ilmo. Kobes el 24 de Mayo de 1858, día en que la Iglesia venera á la augusta Madre de Dios con el título de *Auxilium christianorum*, con el fin de trabajar en la conversion de los negros africanos mediante la oracion, la penitencia y las obras de misericordia espirituales y corporales. Este Instituto, ben-

y á su cabeza el jefe de Joal revestido de un manto encarnado, signo distintivo de su dignidad. Todos imploraban las misericordias y bendiciones del cielo sobre esta tierra que promete rica miés.

Esto por lo tocante á la dedicacion del edificio material, á la que debia seguir la del edificio espiritual.

El 1.º de Julio el P. Diouf bautizó á un jóven que desde entonces se consideró como un auxiliar del misionero. Por la tarde del mismo día, despues de la partida del Padre para Joal, y sin que hubiese dado éste orden alguna, llenóse la capilla de negros, y el nuevo cristiano se puso á hacerles rezar y decir el catecismo.

Hubiera él querido que todo el mundo fuese cristiano, y decia que no sabia comprender cómo podia vivirse sin serlo.

Referiré otro rasgo interesante. El jefe de la isla de Fadiute, anciano á lo menos septuagenario á quien dejó maravillado el manto encarnado del jefe de Joal, rogó al P. Diouf que le proporcionase otro semejante, añadiendo que no dejaria de agradecersele. El Padre, contento con la buena proporcion que tenia para hacer algo, prometió satisfacer su deseo, pero con una condicion.

— ¿Cuál? — preguntó el jefe.

— Es muy fácil y nada te costará, siendo tú el único que puedes cumplirla, á saber: que hagas proclamar en la isla que el domingo será en lo sucesivo un día de descanso.

El jefe convocó en reunion extraordinaria á los notables ó ancianos que constituyen su consejo, y les expuso el caso, abogando tan bien en favor del misionero, que todos sus áulicos ó consejeros acabaron por conformarse con su parecer.

Una sola voz se levantó al principio para combatir la proposicion, apoyándose en la costumbre y en las tradiciones de los antepasados, el respeto á los cuales tan arraigado está y tan poderoso es entre nuestros africanos.

— A lo que parece, replicó el P. Diouf, habeis olvidado que el rey Sina os impuso el lunes. ¿Acaso queréis pertenecer todavía al rey de Sina y prestarle sumision?

El Padre tocó la cuerda sensible: nadie opuso más dificultad, y el domingo fué proclamado en la isla día de descanso en lugar del lunes.

El número de catecúmenos va siempre en aumento. El P. Diouf, que hace algun tiempo no deja á Fadiute, apenas puede con tanto trabajo. Hombres que parten á las tres de la madrugada para sus tareas agrícolas, alguna vez á muchas leguas de distancia, no muestran otro afán, cuando llegan al anoecer, que acudir á la instruccion del catecismo.

No obstante, como el bien encuentra siempre en su ejecucion las dificultades que el enemigo se esfuerza en oponer, intentóse amedrentar á los jóvenes diciéndoles que no encontrarían con quien casarse si se hacían cristianos; pero ellos se rieron de semejante amenaza y la echaron al rostro de sus autores respondiendo que pronto, al contrario, la mujer que no fuese cristiana no encontraría marido. Realmente no hay todavía en Fadiute

decido y elogiado por Pío IX, es hoy, por el fervor de las que lo componen, un instrumento de gracias y de salvacion para aquella parte del Africa.

una sola mujer bautizada, mas esto no quiere decir que no haya catecúmenas entre ellas, mostrando igual celo y ardor que los hombres en instruirse, en lo cual se ocupan las Hermanas todos los días, de la mañana á la noche. Fuera de que no es de parte de las mujeres que deban temerse dificultades.

—Pero harás descontenta á tu mujer si te haces cristiano,—decíanle á uno.

—¡Toma! replicó el insular ¡sólo esto faltaría! Quiere ir al cielo, y que vaya tambien ella por igual camino que yo.

Al punto á que han llegado las cosas es muy probable que nos veamos obligados á ensanchar considerablemente la capilla el año próximo, ó mejor á construir una iglesia como en Joal ó en Santa María de Gambia, á cuyo efecto los jóvenes se están ya preparando en reunir los materiales necesarios.

MINDANAO.

Carta del P. Saturnino Urios, de la Compañía de Jesús, al P. Antonio Goberna, de la misma.

Rio Agúsan, 14 de Octubre de 1880.

Mi muy estimado en Cristo Padre: En plena correría apostólica me hallaba cuando recibí la muy grata de V. R. en que me anunciaba las copiosas limosnas que en género y en metálico me remitía V. R. procedentes de las personas caritativas de Barcelona.

¡Si me hubiese visto deslizarme agua abajo por un rio que desemboca en el padre de todos, el Agúsan, con el corazon que de puro gozo no me cabia en el pecho, ora dando gracias á Dios, que con tan particular providencia mira por estas Misiones, ora pensativo y echando mis cálculos para ver de beneficiar lo más provechosamente posible el rico tesoro que tan impensadamente se me venia á las manos en ocasion tan oportuna!

Ya sabe V. R. que lo primero que procuramos inculcar á los infieles que abandonan la vida salvaje y nómada para bautizarse y fijarse en un pueblo, es que cubran su desnudez; pero como ellos son pobrisimos y no les es fácil proporcionarse vestido, el día en que reciben el bautismo el misionero les regala uno, nuevo ó viejo, más ó menos precioso, segun sus posibilidades; pero, sea como quiera, para ellos es un acontecimiento que hace época en su vida el ponerse vestido cristiano, y con el cambio exterior que experimentan en el cuerpo, logramos que se formen alguna idea de la hermosura espiritual que alcanzan sus almas por medio del santo Bautismo.

Pues bien: 800 pesos llevaba ya gastados en comprar ropas para mis queridos neófitos (cantidad procedente de los donativos de las personas piadosas de Manila, Cebú y Surigao), y ahora me hallaba sin un palmo de ropa en una ocasion en que acababa de bautizar á más de mil infieles de la raza de los Manobos, y les tenia prometido un vestido cristiano á cada uno de ellos. Por los apuros en que me tenían puesto mis temores de no poder ser fiel á mis promesas V. R. calculará el gozo que inundó mi corazon al leer su carta.

¡Qué majos se van á poner mis Manobos! Aquello va á ser un día de fiesta magna y de alegría universal. ¡Qué

ufanas van á ponerse en especial las mujeres, cuando les diga que aquellos vestidos han sido enviados desde España expresamente para ellas, y que se lo regalan señoras blancas (que para ellos es la mayor de las noblezas y la mejor de las recomendaciones), sí, señoras blancas, que tambien son cristianas, y que aunque nunca les han visto ni conocido, el sólo saber que ellos querian ser cristianos y que no tenían vestidos de cristiano, les ha movido á desprenderse de los suyos y de sus adornos y de su dinero para socorrer á los Manobos de Mindanao, á los cuales consideran y aman como á hermanos é hijos todos de un Padre que está en los cielos!

Ya me parece que les oigo rezar en la iglesia y elevar sus plegarias á lo alto por las personas que tanta caridad les hacen. No dejaré yo de hacer lo mismo: otros defectos podré tener (¿y quién duda que los tengo?) pero la ingratitud no tiene cabida en mi corazon. Suplico á V. R. se lo haga presente á dichas personas, para que sepan que en el último rincon de Mindanao hay almas que ruegan á Dios por ellas y piden que á ellas y á sus familias las colme de sus bendiciones aquel Señor que no deja sin premio un vaso de agua dado á un pobre por su amor.

Ayúdennos tambien desde ahí con oraciones: los trabajos son muchos y la complexion más robusta se resiente. Cinco años llevamos en esta Mision de Agúsan, y con la gracia de Dios y con nuestros sudores hemos formado los pueblos siguientes: Las Nieves, La Esperanza, Guadalupe, Amparo, San Luis, Patrocinio, Moncayo, Játiva, Gandía, Tolosa, Loreto, Remedios, Novelé, La Paz, Sagunto, Tudela y Milagro. Agregados á los pueblos de cristianos viejos llamados Butúan, Talakogon y Bunávan tenemos los barrios de los nuevamente reducidos, que se llaman La Candelaria, Concepcion, San Isidro, San José, San Vicente Ferrer y San Ignacio.

Ya ve V. R. cómo derrama el Señor la abundancia de su gracia sobre Mindanao. Cerca de cinco mil llevo ya bautizados por mi mano en menos de año y medio. Ayúdeme con sus oraciones á ser fiel ministro del Evangelio.

VIAJES.

DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.

(Continuacion).

Del jueves 2 al jueves 9 de Mayo.—El mal tiempo de la noche, la fatiga del viaje, el descarnado aspecto de las alturas en cuya vertiente está construida la ciudad, la nieve que aún cubria las montañas de la isla, habian impreso en mi alma un tinte de melancolía indefinible que únicamente el gozo de ver de nuevo á mis compañeros de Mision podia disipar.

...Impacientes por encontrar una temperatura más suave, no quisimos esperar las últimas evoluciones del *New-York*. Un barquero de ceñudo aspecto y tez bruniada, en cuyo bote saltámos sin pedirle permiso, consintió en conducirnos á tierra. Pocos minutos despues encontrábame en compañía de mis hermanos, cuya sorpresa por tan inesperada visita fué tan grande como la alegría de volver á vernos.

Un solo sentimiento experimentábamos, el tener que separarnos dentro de dos ó tres días, á bien que obstáculos imprevistos me retuvieron allí hasta el 9 de Mayo. Este retardo me proporcionó ocasion de escribir algo sobre Hakodaté y la isla de Yeso.

Hakodaté, con una poblacion de 35,000 almas fué uno de los tres primeros puertos que se abrieron á los europeos. Situada á la entrada de Yeso, en una península de montes y de rocas, dicha ciudad comunica con la gran isla por un istmo de un kilómetro á lo más de anchura. Suposicion demasiado septentrional nunca ha permitido á los extranjeros hacer allí un comercio floreciente. Las algas marinas son casi el único producto, y aún los chinos lo tienen monopolizado. Fuera de algunas ciudades y pueblos de las costas, el país es inculto y casi deshabitado. El Gobierno japonés ha intentado muchas veces, pero en vano, colonizar á Yeso, y mucho se habló de la fuerte indemnizacion mediante la cual tuvo que comprar hace pocos años la rescision de un contrato que al intento habia hecho con un ingeniero prusiano.

Este aventurero habia firmado una contrata de muchos años con los japoneses, á los cuales prometia el oro y el moro, y convertir en un verdadero Eden las tierras incultas. En el fondo no tenia otro objeto que hacer un buen negocio, para lo cual supo aprovechar la ocasion propicia que se le presentó.

Durante la guerra franco-prusiana de 1870 el referido sujeto hizo creer á los japoneses en la próxima llegada de centenares de colonos alemanes con objeto de establecerse en Yeso. El tímido Gobierno, creyendo el país expuesto á una conquista prusiana, propúsole inmediatamente rescindir el contrato. Despues de largos debates, en que el astuto alemán tuvo un apoyo oficial digno de mejor causa, vino á un arreglo pacífico, pero duro para los japoneses, los cuales debian pagarle la friolera de 70,000 piastras, ó segun otros 80,000 (365,750 ó 418,000 pesetas). El aventurero habia conseguido su objeto, y amainó velas.

Posteriormente los americanos han hecho otra prueba, comenzando el trazado de un hermoso camino que unirá Hakodaté con Sapporu, capital de Yeso, en un trayecto que no baja de cien leguas.

Despues de la caída del Taicun, Hakodaté sufrió en distintas ocasiones las consecuencias de la guerra. Tomada una y otra vez por los Kwanguns (1) y los Tocugawas (2), la ciudad no se vió enteramente libre de este azote hasta que hubo terminado la memorable campaña de 1869. Hé aquí una sucinta historia de esta guerra.

Al saber la destitucion de Histots'bashi, el gobernador quiso hasta el último instante mostrarse fiel á su soberano, y montó en los fuertes y en las avenidas de la ciudad formidables baterías, á las cuales sólo faltaba para funcionar pólvora y proyectiles, dos cosas de las que Hakodaté estaba totalmente desprovisto. Pero un valiente no se turba por tan poca cosa, ni podia flaquear su valor, pues el enemigo estaba lejos. Esperaba él un ataque bien combinado, pero la revolucion fué enteramente pacífica. El bravo defensor de la ciudad tuvo lástima, sin duda, de sus débiles adversarios y no les hizo fuego,

pues al fin no eran más que uno. El Cughé (1), encargado por el Mikado de tomar el gobierno de la ciudad, desembarcó sin escolta, rogó con toda finura al intrépido Tocugawa que le cediese el puesto, y éste lo desalojó buenamente y sin ruido de tambores y trompetas, dando gracias al muy alto y noble enviado por haberse dignado bajar los ojos sobre su humilde persona.

Tan fácil victoria no debia durar mucho. La mayoría de los daimios ó príncipes del Norte, sin darse por vencidos, continuaron la lucha apoyados por el célebre almirante Enomoto que capitaneaba una buena escuadra, teniendo á sus órdenes muchos oficiales franceses que habian formado parte de la mision militar bajo el antiguo régimen. Apoderóse con ella de la ciudad y de la isla, casi sin disparar un tiro, antes del invierno de 1868, y ayudado de los consejos y bajo la direccion de los oficiales que tenia á sueldo, trabajó con ardor en la fortificacion de las costas. Creia segura su conquista, pues todos los dias le llegaban refuerzos de las provincias septentrionales de Nippon; pero la indisciplina de sus tropas, la desavenencia entre los jefes, la falta de dinero y de municiones, y la pérdida de la magnífica fragata *Kayomaru*, debian en breve acarrear su derrota y su ruina.

Entre los japoneses, aún tratándose de los más graves acontecimientos, lo cómico compite con lo trágico. Mientras de una y otra parte se hacian preparativos para la lucha, Enomoto reclamó á los Kwanguns un buque de guerra que habia pertenecido al Taicun y que á la sazón se estaba reparando en el arsenal de Yokoska.

—No lo entregaremos, contestaron, si antes no se nos pagan los gastos de reparacion.

Satisfecha la suma, el buque fué al Norte para juntarse á Enomoto, que iba á utilizarlo contra sus estúpidos enemigos.

Al comenzar Junio llegan las tropas del Sud, y se emprende inmediatamente por mar el ataque contra Hakodaté y sus cercanías. Los proyectiles causaron numerosas víctimas é incendiaron multitud de casas.

Algunos dias despues los Kwanguns desembarcaban sin dificultad en la costa Oeste, mal defendida; apoderábanse de Matsemai y perseguian á los Tocugawas fugitivos. La lucha, sin embargo, distaba mucho de su término. Estos últimos se habian atrincherado en un punto que domina la bahía de Hakodaté y defiende por tierra á la ciudad. Aquella altura, si bien dista de 5 á 6 leguas, está sólo separada de Hakodaté por la rada, y un vapor cruzaria la distancia en pocos minutos. La formidable posicion que ocupaban los Tocugawas les infundia alguna esperanza, pero no habian contado con la ciencia estratégica de sus enemigos. Por medio de una hábil maniobra que causó la admiracion de los oficiales de la marina de guerra extranjera, los Kwanguns rodearon la montaña, y mientras se empeñaba el combate simultáneamente en todos los puntos, los buques de su escuadra hacian llover sobre los Tocugawas una granizada de proyectiles. La derrota fué completa y horrible la matanza; pues los vencedores usaban represalias, sin dar cuartel á nadie y matando á los heridos y á cuantos caian en su poder.

El istmo que une la península de Hakodaté con la isla de Yeso dilátase al salir de la ciudad baja, y forma

(1) Nombre dado á los *sudistas* ó partidarios del Mikado.

(2) Nombre dado á los partidarios del Taicun.

(1) Nombre genérico del primer oficial del Mikado.

una vasta llanura pantanosa y medio cultivada que, extendiéndose á lo largo de las costas Este y Oeste del estrecho, termina al pié de las montañas del Sud. En medio de esta llanura, que no tiene otros accidentes de terreno que las dunas ó colinas de arena que orlan la orilla oriental del estrecho, levántase el fuerte de Kameda, construido en 1855 bajo la direccion de un ingeniero europeo y rodeado de profundos fosos llenos de agua. Las murallas permanecen intactas y resistirian muy bien el fuego de artillería antes que una brecha franquease el paso á los sitiadores. El almirante Enomoto, al verse abandonado, encerróse en dicha fortaleza con los pocos soldados que le quedaban, resuelto á defenderse hasta la muerte. Los Kwanguns, que cuentan con un poderoso auxiliar, el hambre, se contentan con rodear el fuerte y dirigirle tres disparos al día. Era el buque de espion *Stonewall*, que desde el mismo puerto anunciaba así la salida y la puesta del sol y la hora exacta de medio día. Diezmada por el hambre y por los proyectiles enemigos, rebélase la guarnicion y pide capitular; pero el intrépido jefe niégase á ello y mata con su propia mano á treinta de los más obstinados.

Por último, falto de víveres y de municiones, Enomoto se ve obligado á rendirse, y es conducido á las cárceles de Yedo. Dos años despues hacia su sumision, y queriendo probarle el Mikado que su arrepentimiento borraba todo lo pasado, le confirió un cargo de importancia.

Así terminó esta guerra, que durante año y medio asoló las comarcas del Norte, desde Yedo hasta Matsemai y Hakodaté.

Durante los pocos días que pasé en este sombrío país pude visitar la ciudad y sus contornos. Causa desagradable sorpresa ver la notable diferencia de carácter entre los japoneses de Hakodaté y los de otros puertos. Su grosería es muy marcada, desdeñan el trato y conversacion con los europeos, y á duras penas se dignan dar las noticias que se les pide. Desde el primer comerciante hasta el último faquin, pocos hay que se muestren afables. Nada amigos del trabajo, cuesta mucho encontrar un bote ó bagajeros, aún ofreciendo un precio exorbitante.

Hace ya diez y ocho ó veinte años que ven europeos, y sin embargo diríase que los habitantes de Hakodaté nos miran todavía como antropófagos. Entrad en una casa un poco separada del centro de la ciudad, y podeis estar seguros de quedar dueños de ella: mujeres, niños, perros y gatos huyen como si viesan una fiera.

Los residentes extranjeros atribuyen esto al carácter mismo de las provincias de Nippon, de donde proceden estas gentes: apreciacion errónea, puesto que los indígenas de Nambu, Akita y Sendai se muestran muy afables y corteses.

Despues de los ciudadanos, nada tan divertido como el incalculable número de perros, mitad lobos, que se os vienen entre piernas por las calles. La vista de un extranjero provoca entre ellos aullidos cuya discordante sinfonía desgarran los oídos. Sin embargo, no hay miedo que os muerdan, pues ladran de lejos, y el menor movimiento del europeo pone en fuga á toda la jauría. Estos animales no tienen dueño, y viven de las basuras de la poblacion y del arroz cocido que á su intencion se coloca delante de cada puerta. Los japoneses tendrian escrú-

pulo en matarlos, y esto explica su número siempre creciente.

El paisaje de Hakodaté resarce del disgusto que causa la permanencia en estas agrestes y frias comarcas. Subiendo al pico más alto de la península, de 350 metros, gózase de un espléndido panorama. Este pico no es más que un monton de rocas que hacen la subida ruda y trabajosa. La cima forma una pequeña esplanada de dos á tres metros cuadrados de superficie, desde donde la vista abarca todo el llano de Matsemai, limitado al Sud y al Sudoeste por las montuosas costas de Nambu y Tsegaru, perdiéndose despues en un horizonte sin límites sobre los dos Oceanos.

Al Oeste y al Norte se descubren los montes todavía blancos de Yeso. Debajo recorre el ojo, como á vista de pájaro, la ciudad, el istmo y la llanura que la separan de los montes llenos de arbolado que hay al Norte y al Noreste. A diez leguas en la misma direccion muéstrase un volcan cuya cima está cubierta de una especie de humareda. La última erupcion notable ocurrió quince años atrás y fué muy desastrosa.

La incertidumbre de la marcha y el deseo de aprovechar el primer momento de calma para cruzar el estrecho no nos permitian hacer largas excursiones por la isla. Uno de mis compañeros de viaje quiso, sin embargo, aventurarse, y se metió en las montañas situadas entre el llano de Akodaté y el volcan. En medio de ellas y entre sombríos bosques que sirven de guarida al oso y al ciervo, se encuentran tres lagos encantadores llamados de Konoma, en medio de los cuales hay varios islotes que hacen aquel país seductor.

El animoso viajero disponíase á trepar el volcan, pero detuvo sus pasos una espesa niebla que no le permitía ver los objetos que le rodeaban.

La isla de Yeso cuenta pocos habitantes. El cultivo de la tierra es casi nulo, y el mijo y la pesca constituyen el principal alimento de los indígenas, que, por lo demás, residen casi todos en la costa. La riqueza mineral, poco ó nada explotada todavía, debe ser considerable; al menos así lo piensan muchos. El oso y el ciervo abundan en los bosques del interior, y su carne proporciona en invierno un alimento sólido á los habitantes de estas comarcas glaciales.

Antes de ponernos en camino creimos que no nos sería inútil un aparato fotográfico. La mala voluntad del artista, que estaba ya casi comprometido, hizo fracasar la combinacion, y tuvimos que partir sin él, aunque con la esperanza de encontrar otro en nuestro viaje, y no nos equivocámos, como diré más adelante.

DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANICA.

I.

DE TABORA AL LAGO VICTORIA-NYANZA.

(Continuacion).

Domingo, 29 de Diciembre.—Nos ponemos en marcha á las siete en direccion al Norte-Noroeste. Los países que atravesamos presentan el mismo aspecto que la víspera. A las dos hemos llegado á Sima, localidad situada en una meseta de granito. El *manangua* nos ha ofrecido un compartimiento de su gran choza. Este pueblo pertenece

tambien á la tribu de Semao', la más numerosa que hemos encontrado en nuestro viaje, y tambien una de las más ricas, especialmente en magníficos rebaños. En muchos de estos pueblos se han establecido wanguanas, que han introducido en el país el cultivo del arroz.

Nuestro huésped es muy descontentadizo, y por último se muestra satisfecho con 4 *dotis*.

Hacemos llamar al jefe de la caravana árabe, y le manifestamos nuestro deseo de llegar mañana al Nyanza. Nos contesta que la etapa será larga, pero que está dispuesto á hacerla si encontramos bagajeros capaces para ir de un tirón desde Sima á Kaduma. Sin perder tiempo, nos ponemos á buscarlos, concertando el precio en un *dotis*.

Lunes, 30.—En la madrugada vienen á nuestro campo multitud de unyamuezis para disputarse los bagajes. Afortunadamente Sima está rodeado de una fuerte empalizada. Nuestros soldados, con auxilio de los Nyamparas, consiguen repelerlos á palos. Atrancan bien la puerta, y así podemos organizar la caravana sin gran trabajo, contentos al pensar que es por la postrera vez.

Luego nos ponemos en marcha siguiendo la direccion Norte-Noroeste. El jefe de la tribu de Sukama, en cuyo territorio vamos á entrar, se encarga de protegernos hoy contra los unyamuezis que quisieran atacarnos, y se coloca á la cabeza de la caravana. Este manangua ha viajado con nosotros desde Uyuy. Contento con los pequeños regalos que le hemos hecho y los que le hemos prometido, se toma por nosotros grande interés.

Después de caminar dos horas por un país que presenta el mismo aspecto que en los días anteriores, nos vemos detenidos por el *mtemi* de la tribu, que viene escoltado por una tropa de los suyos para reclamarnos el precio del *bugo*. Es un jóven de quince á diez y siete años, envuelto en una tela de un rojo subido, y le acompañan dos viejos negros de repulsivo aspecto, probablemente consejeros del jóven monarca. Uno de ellos nos dice que por voluntad del *mtemi* debemos acampar en su pueblo. Indudablemente su objeto no es otro que imponernos un crecido tributo cuando nos tenga allí. Le replicamos que habiendo contratado bagajeros hasta Kaduma, nos es imposible detenernos en el camino. Entonces nos pide 20 *dotis*, y pasamos una hora en discusiones más que enojosas, hasta que al fin conseguimos se nos franquee el camino por 10 *dotis*.

Decimos á los jefes de la caravana que es muy justo paguen ellos la mitad de este tributo. Acceden sin dificultad, pero al ver que discordaban entre sí, para no perder toda la jornada, nos vemos obligados á dar 6 *dotis*, sin poder obtener de nuestros compañeros de viaje más de 4.

La caravana prosigue su camino, y dejando á la izquierda enormes rocas de granito, en cuyas cimas se pesan grandes aves de rapiña, llegamos á las once delante de un ancho pantano cubierto de plantas acuáticas, y tenemos que atravesarlo con mucha fatiga, con barro hasta las rodillas.

Sigue luego una cuesta suave, y un sendero peñascoso nos conduce á la cima de unas colinas, desde donde la vista se pierde á lo lejos sobre la superficie del lago.

Apenas nuestros *askaris* perciben Kaduma, término de esta primera parte de nuestro viaje, comienzan á expresar su alegría con repetidas descargas. Preferiríamos

ahorrarnos tanto ruido, pero estos pobres negros parecen nacidos para la bulla, y sólo cesan en sus disparos cuando han agotado la pólvora.

A las tres llegamos á Kaduma, poblacion compuesta de multitud de chozas dispersas y á la sombra de grandes árboles junto á la orilla del Victoria-Nyanza.

El manangua nos da por albergue una choza que habitó el desgraciado Smith (1). Las piezas de hierro que habia traído de Inglaterra para la construccion de un buque de vapor, amontonadas en un extremo, algunos fardos é instrumentos de física cubiertos de polvo, nos recuerdan el triste fin del pobre viajero.

La habitacion no puede contener nuestros bagajes y las cinco camas, por lo cual el P. Lourdel y el Hermano acomodan allí las suyas, y los demás Padres dormiremos bajo la tienda.

Encontramos á faltar cuatro bultos de tela; robo tanto más sensible cuanto uno de ellos contenia preciosas vestiduras que reservábamos para el rey de Uganda. Tenemos poderosos motivos para achacar el hurto á nuestros *askaris* y para creer que Mugni-Pembé está á la cabeza de los culpables. En la seguridad de que los objetos robados están ocultos en el campo de los árabes, nos vemos obligados á usar de gran prudencia para recobrarlos, aplazando para mañana tomar medidas al intento.

Nos sentimos felices al considerar que sólo nos falta atravesar el Nyanza para encontrarnos en nuestra cara Mision, y de todo corazon damos gracias á Dios, que nos ha permitido llegar sanos y salvos hasta las orillas del lago.

Martes, 31.—Debiendo permanecer algun tiempo en Kaduma, importa ganarnos al manangua, y le presentamos 6 *dotis* de telas variadas y un fusil de piedra. Según parece, ha quedado muy satisfecho, declarando además que es amigo de los wuasungus (blancos) y que no quiere mostrarse exigente con ellos.

Vienen á vendernos víveres en abundancia, carneros, gallinas, leche, etc., etc. Todas las compras al menor se verifican á cambio de perlas, muy estimadas aquí.

La poblacion del Unyamuezi y del Nyanza es menos salvaje que la de otras tribus que hemos atravesado, sobre todo en el Ugogo; empero dista mucho de ser civilizada. Todos los niños, los jóvenes y casi todos los hombres de más edad van en completa desnudez. Las mujeres de toda edad, como las de los demás países que hemos dejado atrás, van más ó menos cubiertas, y su traje ordinario consiste en una ó muchas pieles de buey ó de cabra, que ajustadas á la cintura sirven para retener al hijuelo en la espalda de la madre, y es su única cuna. Con esta carga va todo el día, sea que trabaje, sea que vaya al mercado ó á la danza. Sacudida la criatura de mil maneras, atada por lo comun, lejos de crecer contrahecha, adquirirá robustez y buenas formas.

En vano podemos descubrir los autores del robo, y como tenemos motivos de sospecha contra Mugni-Pembé y su hermano, les decimos que no son ya nuestros soldados. Otros cinco *askaris* vienen á declararnos que quieren retirarse, esperando probablemente que, si no queríamos perder más de media escolta, perdonáramos á sus camaradas. Les contestamos que pueden partir

(1) Ministro protestante asesinado en el Uganda á principios de 1878.

una vez nos hayan devuelto sus armas, lo cual parece no se les sienta bien.

Faltándonos sólo atravesar el Nyanza, parécenos inútil una escolta numerosa, y aprovechamos esta ocasión para desembarazarnos de buen número de *asharis*, contratados hasta el Uganda.

Miércoles, 1.º de Enero de 1879.—Día de movimiento, día de felicitaciones, día de fiesta para el mundo civilizado... Aquí el 1.º de Enero en nada se diferencia de los demás días.

Léjos, muy léjos de los que amamos y no pudiendo expresarles nuestros votos, rogamos á Dios les colme de sus favores. Bendiga Él á nuestro venerado Padre (1) y le conserve largos años para esta pobre África, por cuya salvación se sacrifica enteramente. Quiera también el cielo derramar sus bendiciones sobre nuestro amado Superior y sobre nuestros buenos consocios, cuyo recuerdo nos es tan querido.

Por la tarde viene Chibu, capitán de la caravana árabe, á quien habíamos prometido un regalo si conseguía encontrar las telas que se nos habían robado, y nos conduce uno de los culpables. El *askari* asegura que nada había hurtado, sino que aceptó dos piezas de tela que le diera Mugni-Pembé. Al mismo tiempo descubre á los demás cómplices, que eran los *asharis* que han depuesto sus armas. Los hacemos comparecer, y niegan imperturbablemente; pero, como estamos seguros del hecho, escudriñamos sus cabañas. Por desgracia, los objetos robados están bien ocultos, y no podemos saber dónde.

Enviamos á buscar el managua y le denunciarnos los ladrones. Por su parte nos promete tomar medidas contra ellos, y luego comienza á echar largos discursos contra los wanguanas y sobre todo contra los árabes, contra quienes dice todo lo malo que puede, loando al mismo tiempo á los wuasungas; pero, sea mala voluntad, sea impotencia, deja en paz á los culpables, y no podemos recobrar sino un poco de tela.

El *askari* que ha tenido la franqueza de confesarlo todo nos ha entregado las dos piezas robadas que le dieron.

UNA VISITA Á LOS CABEZAS-CHATAS

POR EL ILMO. O'CONNOR, VICARIO APOSTÓLICO DE NEBRASKA.

II.

Al salir de Jocko entrámos luego en un oscuro desfiladero lleno de pinos y obstruido por espesas malezas. El paso es muy estrecho: felizmente nuestros animosos caballos están habituados á tales aventuras, y pronto podemos ver la luz del sol y pisar un terreno mejor.

Damos la vuelta hácia el Sur, y al fin percibimos por vez primera la Mision de San Ignacio. Sus casitas de madera, sus chozas, la iglesia y residencia de los misioneros, parecen aplastadas por las imponentes montañas que las cubren con su sombra.

Descendemos rápidamente, y en media hora llegamos al pueblo. Nuestra primera visita es á la iglesia, mucho más bella de lo que podía esperarse en tales sitios. Es de estilo romano con columnas y un ábside, y mide 90 pies de largo por 40 de ancho. El plano fué trazado por el

(1) Ilmo. Lavigerie, arzobispo de Argel.

P. Ravalli y ejecutado hace quince años por los indios bajo la dirección de otro Padre. Tiene altares laterales, estatuas y pinturas; pero el ornato es algo exagerado, aunque más conforme con el gusto de los cristianos indígenas. Una plataforma cuadrada de ocho á diez pies ocupa el lugar del púlpito, y en ella se ve un hermoso crucifijo de madera esculpido por el P. Ravalli. Delante la plataforma en medio de la nave hay un cofrecito cuyo destino es fácil adivinar. En él se encierra un cuerpo de niño que pronto se convertirá en polvo y que su Madre la Iglesia depositará en la tierra con la misma ternura y con iguales ceremonias que si este niño hubiese nacido para llevar corona. Después de contemplar algunos momentos aquel humilde féretro, parecióme la tierra un poco menos desgraciada y el cielo más alegre.

Al salir de la iglesia encontramos un Padre y cincuenta indios, hombres, mujeres y niños. Sabedores de nuestra llegada, han venido á ver y saludar al primer «ropa morada» que haya visitado sus montañas. Encuéntrame con un centenar de ojos vivos, curiosos y francos, todos asustados contra mí. Jóvenes y viejos me rodean y se apoderan de mis manos con palabras de bienvenida que me pesa haber olvidado. Su alegría es tan expansiva como sencilla é ingenua. Llevan todos mantas de diversos colores, descubierta la cabeza y cayéndoles libremente sobre los hombros su larga cabellera. Admiran sus bellas y proporcionadas formas, su porte majestuoso y su aspecto lleno de vigor.

Entre ellos llama particularmente mi atención un octogenario envuelto en una manta blanca, y cubierta la cabeza con un gorro de terciopelo orlado con piel de castor. Es de talla corta, recto como una flecha, la tez trigueña y rugosa. El fuego de su juventud pagana brilla todavía en sus ojos, pero la fe y la piedad cristiana han rodeado como de una aureola su figura, que sin esto parecería horrible. Al verle no pude menos de pensar: «¿Qué no hubieran dado un Rubens y un Van-Dyck para verle y retratarle?» En cuanto á las mujeres, ¡ah! ninguna hubiera podido hacer una heroína. En su rostro veo una huella, solamente una huella de esa expansión de amargo dolor que ostenta la mujer en todos los países paganos. Verdad es que aquí no pesan sobre ella todas las rudas faenas que le incumben según las costumbres de las tribus; respétanse todos sus derechos más sagrados; pero aquí también sería mirada como bestia de carga por sus hermanas más favorecidas en los Estados de la Unión americana.

Los niños de corta edad, sentados en hombros de sus madres, me contemplan absortos, mientras á mi vez admiro sus ojos parecidos á los de gacela, y la belleza é inocencia de sus rostros. Este espectáculo, nuevo para ellos, arráncalos exclamaciones de agradable sorpresa; atraenme hácia sí; sus madres se complacen en sus mimos, y los hombres rien estrepitosamente.

Dirijo á los indios algunas palabras de agradecimiento que son traducidas en su lengua, el *selish*, y luego me encamino á la residencia de los Padres. Durante veinte minutos la campana de la iglesia llama á los habitantes á la oración. Desde la ventana del locutorio les veo llegar de diferentes direcciones, jóvenes y ancianos, hombres vigorosos, niños, mujeres llevando en hombros á sus pequeñitos. Acércanse todos á la cruz plantada de-

lante de la iglesia, besan piadosamente el signo de redencion, y entran en el templo.

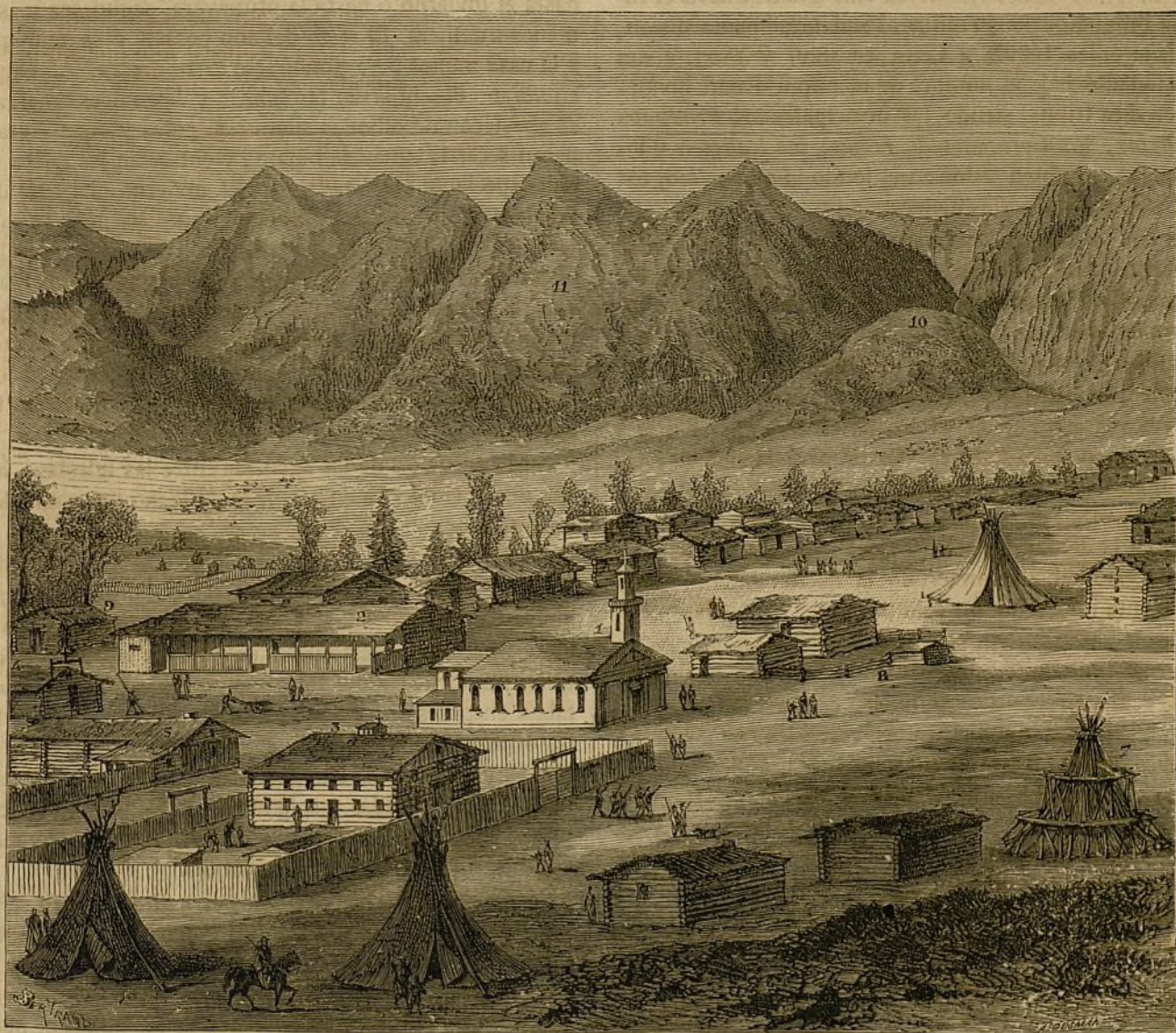
Todas las mañanas se reúnen á las seis y media para el rezo y la misa, despues de la cual se les da alguna instruccion sobre el catecismo. Por la tarde, á la puesta del sol, vuelven á reunirse en la iglesia para practicar sus devociones, seguidas de otra instruccion. Los domingos á las nueve de la mañana hay misa solemne y sermon, y por la tarde Via-crucis y una instruccion. La mayoría de ellos se confiesan y comulgan una vez al mes; muchos lo hacen cada semana y aún más á menudo. Entre los mil doscientos indios de la Mision, son muy contados los que no cumplan con sus deberes religiosos. Gustan sobre todo confesarse, y algunos lo harian más de una vez al dia si se les permitiese. Referíame un Padre que acompañándoles á la caza del búfalo, en medio de la noche un indio escrupuloso le tiraba de los piés y le pedia confesion.

Y, sin embargo, de estos indios escribia en 1848 el P. Point, uno de sus primeros misioneros: «No hace un cuarto de siglo los *Corazones de Lezna* eran tan insensibles que, para pintarlos al natural, sus primeros visitantes les habian aplicado justamente el extraño dic-

tado que todavía llevan. Su entendimiento era tan obtado que, mientras rendian un culto divino á todos los animales, no tenian la menor idea del verdadero Dios, ni de su alma, ni por consiguiente de una vida futura. En resúmen, era una raza de hombres tan degradados que sólo habian conservado de la ley natural dos ó tres oscuras nociones, á las cuales pocos se sometian en la práctica. No obstante, debo decir en honor de la tribu, que siempre ha contado en su seno almas escogidas que nunca han hincado las rodillas ante Baal. Conozco indios que, desde el dia en que les fué predicado el verdadero Dios, jamás han tenido que acusarse de la menor infidelidad.»

La piedad en nada ha disminuido la bravura de los *Cabezas-Chatas*, la más belicosa tal vez de todas las tribus de las Montañas-Berroqueñas; ya que despues como antes de su conversion han conservado su superioridad sobre su vecinos los Sioux y los *Piés-Negros*.

Héme otra vez en la ventana del locutorio, atraído ahora por un canto melancólico que viene del exterior. Sale de la iglesia una procesion cantando lo que yo creia el *Miserere*; pero, segun me han dicho, es un himno fúnebre de que se servian estos indios, antes de su con-



- | | | |
|--|--|--|
| 9. Molino y fabrica de aserrar. | 11. Montañas al pié de las cuales se halla la Mision. | 10. Cascadas. |
| 4. Iglesia primitiva, hoy carpinteria. | 2. Antigua residencia. | 8. Terreno donde se ha construido la escuela de niños y la residencia. |
| 6. Herreria. | 3. Escuela de niñas dirigida por las Hermanas de la Providencia. | 7. Chozo indigena. |
| 5. Imprenta. | | |

VISTA GENERAL DE LA MISION DE SAN IGNACIO ENTRE LOS CABEZAS-CHATAS (ESTADOS-UNIDOS).

version, para los funerales de sus guerreros. Uno de los primeros misioneros lo arregló y adaptó al sagrado cántico que acabo de oír. Abren la marcha los hombres, siguen las mujeres, y luego el pequeño féretro que había visto en la iglesia, llevado por cuatro hombres y cubierto con un velo negro. Detrás vienen el cruciferario y los acólitos, y por último el sacerdote con bonete y capa. Avanzan lentamente y con devota compostura hacia el cementerio, que dista 500 pasos, y van cantando hasta que se les pierde de vista. Depositados los mortales despojos en su postrer lecho de reposo, los afligidos indios vuelven por grupos: toca la campana el *Angelus*, y lleno de admiración les veo cesar de repente en sus conversaciones, tomar recogida actitud y permanecer inmóviles como estatuas hasta el fin de la oración.

Llegada la noche supe por boca de los reverendos Padres las siguientes noticias sobre estos indios. Ignórase cuando, por quién y con qué objeto fueron llamados *Cabezas-Chatas*, pues la costumbre de achatar los cráneos de los niños, como se practica entre los Chinooks y las tribus de las costas del Pacífico, nunca ha existido aquí. Desde tiempo inmemorial ocupan el mismo distrito que se extiende desde el lago de los *Cabezas-Chatas*, á 40 millas al Norte de San Ignacio, hasta el valle de Bitter-Root, á 70 millas al Sud de la misma Mision.

Visitáronles Leevis y Clark en 1806 y 1807, y son mencionados bajo el nombre de Hopilpo. Están divididos en diez tribus, siendo las principales los *Pendientes de Orejas*, los *Corazones de Lezna*, los *Kalispels* y los *Kootenays*, y hablan todos en el fondo la misma lengua, el *selish*, con diferentes dialectos.

Su conversion al Catolicismo data de 1841. En 1838 habian reclamado en San-Luis misioneros; mas por el camino los delegados fueron todos asesinados por los indios de Idaho.

A fines de 1840 enviaron otra diputacion que llegó felizmente á San-Luis, pasó allí el invierno, y por la primavera regresó con el P. De Smet, tres Padres más y tres Hermanos coadjutores. La primera Mision se estableció en Santa María, en el valle de Bitter-Root; algunos años más tarde fundóse otra entre los *Kalispels*, y en 1853 la de San-Ignacio por el P. Adrian Hocken. En el intervalo habíase convertido la nacion entera, y actualmente no cuenta un solo pagano.

Desde entonces han sido siempre fieles amigos de los blancos, gloriándose de no haber jamás derramado su sangre. Efectivamente, la buena conducta de estos indios les ha merecido distintas veces los elogios de los oficiales del Gobierno. Isaac J. Stephens, gobernador del territorio de Washington, decia de ellos en su Memoria de 1854: «Conoceis ya el carácter de los *Cabezas-Chatas*. Son los mejores indios de las montañas y de los llanos. Honrados, bravos y dóciles, sólo necesitan que se les anime para convertirse en buenos ciudadanos. Son todos cristianos, y estamos seguros que viven conforme á la doctrina del Cristianismo.»

En la Mision de San-Ignacio existen actualmente 1,200 indios de diversas tribus, principalmente de los *Pendientes de Orejas*, y 500 en la de Santa-María en el valle de Bitter-Root.

La reduccion de Jocko, que mide 70 millas cuadradas y encierra la Mision de San-Ignacio, fué fundada en 1855.

El tratado de Hell-Gate, aprobado en 8 de Marzo de 1859, reconocia todas las tierras de los *Cabezas-Chatas* sin restriccion alguna por parte del Gobierno, que por él parecia garantizarles la posesion de sus campos en Bitter-Root. No obstante, una orden del presidente Grant, fechada el 14 de Noviembre de 1871, exigió que los *Cabezas-Chatas* no traspasaran los límites de la reduccion de Jocko. Por el mismo tratado de Hell-Gate debian satisfacerse anualmente á tres tribus por espacio de veinte años de 3,000 á 6,000 *dollars* (de 14,250 á 28,500 pesetas); y aunque los tres últimos años no se les ha satisfecho esta retribucion, ha sido entregada al agente para que la emplee á favor de ellos del modo que juzgue mejor. Inútil es decir el destino que al agente le ha parecido mejor dar á dichas sumas, y que los indios no han visto jamás un céntimo.

El mismo año fué prometida una suma de 5,000 *dollars* por espacio de diez años á los indios de Bitter-Root que se fijaren en la Agencia. Ocho solamente aceptaron la proposicion y cobran su anualidad. Los demás indios no reciben del Gobierno la menor retribucion, y proveen principalmente á sus necesidades por medio de la caza. La del búfalo comienza en Setiembre y continúa hasta el invierno ó hasta la primavera, segun sea más ó ménos fructífera. El resto del año pescan y se entregan á la caza menor para procurarse carne fresca. Al entrar en verano desentierran las *bancas* y las raíces amargas, se abastecen de cebollas silvestres, peras y otras frutas; hacen secar la carne de búfalo, y encierran las raíces en una especie de empanada para el invierno. La caza del búfalo es de perniciosa influencia, pues los pone en contacto con los *Piés-Negros* paganos en el rio del Sol, con los Sioux en el Yellowstone, y en todas partes con los blancos, peores que los salvajes. Algunos cultivan pequeños cortijos, venden pieles en los pueblos vecinos, ganado lanar y caballos. Dicen que para nada necesitan socorros del Gobierno, y no pueden sufrir la vista de un agente.

En la particion de las agencias entre las Iglesias, hecha por el Gobierno en 1879, la de Jocko fué asignada á los católicos.

El total de agencias indias es de 72. En 40 de ellas hemos tenido Misiones durante largos años: en otras muchas todos los indios cristianos, ó cuando menos la mayor parte, eran católicos; en algunas habian sido católicos durante siglos. En 1870 nuestros misioneros estaban en posesion apenas disputada de estos países. En las otras 32 agencias habia algunos católicos, pero no Mision permanente. No obstante, de las 72 agencias nos fueron asignadas 7 solamente, y 80,000 indios católicos fueron puestos bajo la direccion espiritual y temporal de diversas sectas protestantes.

Mas ¿cómo han ejercido ellas esta direccion? El señor Brouillet, de la Oficina católica india, dice que habian llegado al extremo de prohibir que se acercaran á las agencias los sacerdotes católicos que deseaban dirigirse allí para proveer á las necesidades de los indios de nuestra comunión, y que la Administracion india ha aprobado últimamente este proceder, afirmando su derecho de excluir de una reduccion á todo sacerdote. Como prueba de esta usurpacion, cítase el ejemplo de un misionero residente en California, que sin forma alguna de

CRÓNICA.

proceso fué expulsado de una reduccion, metido en la cárcel y brutalmente golpeado. Llamóse la atencion del ministerio público sobre este suceso, pero los comisarios de asuntos indios aprobaron tales abusos de poder.

«Los *Osages*, dice el *Catholic World*, establecidos actualmente en el territorio indio, son y han sido largo tiempo casi enteramente católicos; pero fueron dados á los cuáqueros, y Gibson promulgó un edicto prohibiendo á todo sacerdote ó maestro católico residir en las reducciones.

«Los indios elevaron una peticion al presidente para que se les restituyesen sus antiguos misioneros y maestros, pero no fué tenida en cuenta. Entonces enviaron á Washington una delegacion compuesta del gobernador, los jefes y consejeros de las naciones de los *Grandes* y *Pequeños Osages*, que en un mensaje al secretario del Interior se expresaba así: «Los misioneros católicos han vivido durante muchas generaciones en medio de nuestro pueblo. La gran mayoría pertenece á la religion católica y la cree buena: á los misioneros católicos debe nuestro pueblo todos los beneficios del Cristianismo y de la civilizacion de que al presente goza. Desde que se nos han quitado nuestros Padres poco hemos adelantado. Toda nuestra nacion está desolada, y no cesamos de rogar al Gran Espíritu que inspire á nuestro presidente el pensamiento de devolvernos nuestros misioneros. Confiamos que lo hará, porque en 1865 los comisionados nos prometieron que, si lo firmáramos, podrian nuestros misioneros volver entre nosotros.»

«El secretario prometió presentar este mensaje al presidente, mas por desgracia Gibson les habia seguido á Washington, y aquel documento desapareció del ministerio. Entonces el general Ewing, comisario de la Oficina india católica, que tenia una copia de él con el certificado del secretario, apresuróse á llevarla á Washington; pero poco despues recibió el comisario de asuntos indios una contra-peticion que se suponía venida de los *Osages* y de su mismo país. Empero dice el general Ewing que habia sido evidentemente inventada por blancos interesados en el asunto, y las firmas de los indios se habian puesto allí á capricho.

«Al presentar un tercer mensaje de los *Osages* al ministro del Interior, el mismo General decia: «Sus peticiones no han sido atendidas, y ahora en mi calidad de representante de las Misiones indias católicas, me encargo que haga una postrera tentativa. La peticion de un pueblo sin defensa alguna, para obtener simplemente justicia, entre las manos de un gran gobierno, es el más poderoso recurso que mi entendimiento y mi corazón puedan concebir. Esto es claro como el día. Debeis dar esta agencia á la Iglesia católica, ó bien anunciar que el presidente Grant ha cambiado de política y que quiere ahora imponer á cada tribu india la forma de cristianismo que mejor le parece.»

«Todo fué inútil. Gibson se salió con la suya, y aunque posteriormente se ha visto obligado á retirarse de la agencia, ésta continúa en manos de los cuáqueros.»

Y tales cosas suceden, no en Rusia ó en Turquía, sino aquí en donde la union de la Iglesia y del Estado y la persecucion en materia de religion se consideran contrarias á uno de los principios fundamentales de la Constitucion federal.

Grecia.—Accediendo á los deseos de Jorge I, rey de los helenos, Pio IX, de santa memoria, restableció en Grecia, en 1875, la jerarquía católica. En su virtud, Grecia cesó de ser considerada como país de Mision, quedando constituida en archidiócesis de Atenas, para la cual fué nombrado el Ilmo. Juan Marango, obispo que era de Tina y Miconia desde Junio de 1866, y delegado apostólico de la Grecia desde Junio de 1874. En la pág. 45 damos el retrato de este Prelado, nacido en Syra el 31 de Marzo de 1833.

El protocolo de 1830, que constituyó el reino helénico, reconocía en los siguientes términos á la Iglesia católica una existencia legal:

«La Iglesia católica gozará en el nuevo Estado del libre ejercicio de su culto; sus propiedades le serán garantidas; sus obispos serán mantenidos en la integridad de las funciones, derechos y privilegios de que han gozado bajo el patronato de los reyes de Francia.»

Estas garantías, confirmadas por el tratado de 1863 relativo á la cesion de las islas Jónicas á la Grecia, han sido fielmente observadas por los Gobiernos sucesivos, y esto fué indudablemente para la Santa Sede un motivo poderoso para acceder á los deseos de los católicos de Atenas y á la peticion del joven Rey.

La Grecia continental cuenta cinco estaciones católicas: Atenas, el Pireo y Araclia en el Ático; Patras y Nauplia en el Peloponeso.

Atenas posee dos iglesias: la catedral dedicada en honor de san Dionisio Areopagita, y la iglesia de la Asuncion. La catedral, comenzada en 1851 por el Ilmo. Blancis, obispo de Syra y delegado apostólico de la Grecia, fué solemnemente inaugurada en 4 de Abril de 1865 por el Ilmo. Alberti en presencia del Cuerpo diplomático y consular. Las Hermanas de San José de la Aparicion, establecidas en Atenas desde 1856, dirigen dos colegios y un huerfanato, y cuidan á los enfermos á domicilio. Hay tambien una escuela para niños. La poblacion católica de la ciudad pasa de 2,000 almas.

En el Pireo las Hermanas de San José tienen escuelas y asisten tambien á los enfermos. La parroquia católica, bajo la advocacion de San Pablo, cuenta más de 200 fieles, sin contar la poblacion flotante formada por los marineros de las diversas naciones que frecuentan el puerto.

Araclia, poblacion no muy distante de Atenas, está habitada por cierto número de bávaros católicos.

La ciudad de Patras contiene seiscientos católicos casi todos oriundos del reino de Nápoles. La parroquia, dedicada al apóstol san Andrés, está servida por dos misioneros.

Un solo sacerdote reside en Nauplia, en donde los católicos son poco numerosos.

Otro misionero visita á los católicos diseminados por otros puntos de la Grecia continental y por las islas del rededor.

La archidiócesis de Atenas cuenta 8,000 almas, y tiene cinco Sedes sufragáneas: Naxia, Syra, Santorin, Tyna y Candia.

Hu-pe noroeste (China).—El nuevo vicario apostólico de aquella region, Ilmo. Ezequias Banci, de Menores Observantes, escribia con fecha 3 de Julio:

«Despues de haber asistido en Han-keu al sínodo de los obispos de la tercera region de China, tomé el camino de mi Mision. Al cabo de veinte dias de marcha llegué á Lao-ho-ku, ciudad central de mi vicariato. Visité á las autoridades civiles y militares, que me recibieron con gran cortesía y me invitaron á comer con cinco de mis compañeros. Pocos dias despues, segun la etiqueta china, convidé á mi mesa á los mandarines y á los notables, que asistieron con gran ceremonia. Cumplidas estas formalidades, me dirigí á Kia-jan-ku, residencia principal, donde tomé solemnemente posesion de mi vicariato en medio de inmensa concurrencia de cristianos y paganos.

«Los resultados obtenidos durante el año último son muy consoladores. Desde Julio de 1879 al de 1880 han sido bautizados 250 adultos, y además se han fundado numerosas cristiandades en lugares hasta ahora completamente paganos. Tengo actualmente 18 capillas, 7 misioneros europeos, 7 sacerdotes chinos, 13 seminaristas, 16 alumnos internos y 266 externos. Cerca de 300 catecúmenos estudian la doctrina cristiana bajo la direccion de dos Padres y de varios catequistas.

«Hace mucho tiempo se hace sentir en Kia-jan-ku la falta de una iglesia. En la capilla ó más bien aposento que ahora tenemos sólo caben cien personas; de manera que los dias de fiesta más de 1,500 fieles quedan expuestos á la intemperie durante los divinos Oficios.

Hemos, pues, comenzado la iglesia, que tendrá 40 metros de largo por 15 de ancho, y costará 50,000 francos; suma para nosotros muy considerable y que confiamos obtener de la caridad de nuestros bienhechores.»

Congo.— Como una muestra del aprecio que el rey del Congo profesa á la Iglesia en la persona de sus ministros, transcribimos la siguiente carta que dirigió al R. P. Carrie, de la Congregacion del Espíritu Santo y del Sagrado Corazon de María, superior de la Mision de Landana:

«San Salvador del Congo, 13 de Julio de 1880.

«Ilustrísimo y excelentísimo señor:

«Sentimos gran satisfaccion y no menor placer en informarnos de vuestra salud, así como de la de toda vuestra ilustre casa. En cuanto á Nos, en el momento de escribiros la presente gozamos, gracias á Dios, con toda la poblacion de este reino del Congo, de excelente salud.

«Hemos recibido vuestra carta, y si hemos tardado en contestaros ha sido á causa de la epidemia que ha reinado en el país y de las enfermedades que han afligido á nuestra propia casa.

«He comprendido todo lo que Vuestra Excelencia me dice en su carta, y lo tengo grabado en la memoria.

«Sentimos vivamente que Vuestra Excelencia no haya podido enviar aquí sacerdotes que cuiden de la iglesia de San Salvador y continúen enseñando á los pueblos de este reino del Congo.

«Por nuestra parte sabemos perfectamente que desde los tiempos de nuestros predecesores el rey D. Juan I y su hijo D. Alfonso I, los cristianos del Congo jamás han carecido de sacerdotes.

«Es necesario, y Nos lo esperamos con respeto de Vuestra Excelencia, es necesario, repetimos, que nos envíeis algunos sacerdotes que vengan á auxiliar á los que tenemos en el servicio de Dios.

«Conserve el cielo la vida de Vuestra Excelencia muchos años.

«Soy vuestro amigo respetuosísimo y obligado,— D. Pedro V, rey del Congo.»

«En efecto, dice el P. Carrie, tan pronto como recibí esta carta salieron dos Padres de esta Mision para San Salvador del Congo á esparcir la semilla de la divina palabra y á fundar varias escuelas, pues la instruccion está bastante descuidada en aquel reino. Desde el momento en que los Padres entraron en el Congo fueron recibidos con grande veneracion y obsequio por todas las autoridades, y el rey Pedro V les dispensó cordialísima acogida.»



ESTADOS-UNIDOS.—Residencia de los misioneros é iglesia de la Mision de San Ignacio entre los Cabezas-Chatas. (Pág. 42).

MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

II.

Fez. — El Kairauyn. — Ciencia árabe. — Industria. — Ciudad de Marruecos. — El Kutubia. — Las bolas de oro. — Sidi Bel-Abbas. — Comercio. — Mequinez. — Kasbah. — Palacio imperial. — El tesoro. — Plantío de olivos. — Tarudant. — Tafilet.

Tiene el Imperio tres capitales, residencia ordinaria del Sultan. Es la primera la ciudad de Fez, que antes de la union de todo el Magreb éralo tambien del reino de su nombre. El primer jueves del mes *raby el-uel*

de 192 de la egira (3 de Febrero del año 808 de J. C.). Muley-Edris, Hosseinita, descendiente de Mahoma por su hija Fátima é hijo del fundador de la dinastía de los Edrisitas, fué el que echó los primeros cimientos de la que aún hoy se llama Fez el viejo, en el terreno que para este fin compró á la tribu de los Zenetas en 7,500 onzas (1). Un nieto suyo, llamado Muley-Hassan, edificó otra parte de la ciudad próxima á la de Muley-Edris, y Yusef de Lemtuna las unió algun tiempo despues.

El nuevo Fez fué fundado por Abu Yusef ben-Abb el-Hakk en 674 de la egira (1276 de J. C.). Tanto el nuevo como el viejo Fez están amurallados é indepen-

(1) Moneda del país equivalente á unos 15 céntimos de peseta.

dientes el uno del otro, y pueden considerarse como dos ciudades, separadas además por el río Sebú.

Vista la ciudad desde léjos presenta una perspectiva encantadora por hallarse rodeada de fértiles campiñas, en las que abundan los naranjos, limoneros y no pocas palmeras. Mas, á pesar de su inmejorable situacion, sus calles, como casi todas las de Berbería, son estrechas y sombrías, lo cual hace que el viajero pierda toda su ilusion en cuanto penetra en su recinto, contribuyendo mucho á este desencanto el sistema moruno de fabricar las casas sin balcones, ni ventanas, ni adorno alguno exterior. Lo único que llama en Fez la atencion es la magnífica mezquita *El-Kairauyn*, que tiene 270 columnas y 16 naves de 21 arcos cada una, cabiendo cómodamente en ella 22,700 personas. Su torre ó minarete, mandado construir por Ahmed ben-*Alí* Beker, es tambien célebre por su mucha altura.

A mediados del siglo XII era Fez una de las ciudades más notables del mundo por sus universidades y escuelas, dotadas con grandes rentas y montadas con tanta perfeccion como pudieran estarlo las de Europa. Del seno de estas escuelas salieron aquellos ilustres árabes que por mucho tiempo fueron los depositarios y poseedores de las ciencias naturales y exactas. Abu-Sena (conocido vulgarmente por Avicenna), Saharabi, Abu-Othman, Gueber y otros muchos que brillaron en la medicina, cirujía, filosofía é historia hicieron sus estudios en las aulas de Fez. Sus bibliotecas eran innumerables, y encerraban lo más rico y notable que se habia escrito. Por esta razon los escritores árabes la han celebrado tanto en sus cantos poéticos é historias, llegando á llamarla *mansion de la ciencia y morada de la sabiduria y doctrina*, así como aludiendo á su situacion topográfica y á los jardines y bosques de que estaba rodeada, la llamaron con entusiasmo *paraíso terrestre que sobrepuja en belleza, hermosura y primor á todo cuanto es imaginable, y cuya sola vista encanta y fascina*. Pero de toda aquella sabiduria, de tantas universidades y librerías no ha quedado ni la sombra, y el *Tito-Livio* completo que se decia existir en una de sus librerías no pudo hallarlo, á pesar de todos sus esfuerzos é indagaciones, el célebre Ali Bey el-Abbassy á principios de este siglo. No obstante su gran decadencia en las letras, es aún hoy la más ilustrada del Imperio y el centro de las escasas luces de los Magrebinos.

Fez es tambien la ciudad más industriosa y comercial de todo el Imperio. Fabricanse en ella tejidos de seda y lana, jaikes, gorros encarnados, lienzo (aunque muy inferiores á los de Europa), tafiletes, magníficas alfombras, loza, finas y bonitas esteras, armas blancas y de fuego, y pólvora. Sus operaciones mercantiles las hace con Tánger y Rabat, y con los Amazirgas del Atlas. Su poblacion es de unos 100,000 habitantes, de los que 3,000 son judíos. Dista de Marruecos 375 kilómetros al N. E.

La segunda capital es Marruecos, situada á 7 kilómetros del Tensif y sobre un plano inmenso, cuya elevacion sobre el nivel del mar es de 1,450 piés, cubierto de innumerables palmeras. En tiempo de Leon Africano era reputada por una de las ciudades principales del Africa.

Principió á fundarla Sidi Yusef ben-Taxefin en el año 454 de la egira (1063 de J. C.), construyendo una pequeña mezquita y un Kasbah (fortaleza) para depositar en él sus armas y riquezas. Poco despues muchos habitantes de Agmat de Romet (1) edificaron casas al rededor del Kasbah.

Muerto Yusef, le sucedió su hijo Ali, quien comprendiendo la importancia de este pueblo naciente lo mandó amurarlar, si bien no existe hoy resto alguno de aquellas murallas. En pocos años la poblacion de Marruecos se aumentó de tal modo, que segun algunos historiadores llegó á tener 500,000 habitantes; y el cronista de Ali dice que en tiempo de este Sultan habia más de 100,000 casas; que florecian en ella las artes y

las ciencias hasta el punto de ser el centro de los hombres más sabios del Islamismo, y que los moros de España, Argel y Túnez enviaban sus hijos para instruirlos en sus universidades. Todas las riquezas que los moros traian de España y del Sudan eran conducidas á Marruecos, en donde profusamente se ostentaban, adornando y enriqueciendo con ellas sus suntuosas mezquitas, colegios, baños, etc. Pero quien más contribuyó á embellecerla fué Yacub el-Mansur (el Almanzor de nuestras crónicas) á fines del siglo XII.

Despues que los moros fueron arrojados de España,

(1) Ciudad muy grande y fortificada en tiempo de los romanos. Hoy sólo tiene 5,500 habitantes, perteneciendo cerca de 1,000 á la raza judía. Se halla situada á 50 kilómetros S. E. de Marruecos, al pié del Atlas. Fué la capital de los Almoravides y conquistada por los Almohades en 1128.



ILMO. JUAN MARANGO, arzobispo de Atenas. (Pág. 43).

dice Mr. Lambert (1), la riqueza de Marruecos principió á disminuir; las guerras intestinas, las revoluciones y las grandes epidemias de los siglos XVI y XVII paralizaron su hasta entonces floreciente comercio; la prosperidad se desvaneció para no volver más; se cerraron sus universidades y colegios, y de cien librerías que habia en 1526, no ha quedado de ellas sino el nombre, pues aún hoy se llama *Kutubia* (librería) el sitio ó mezquita donde estaban (2). Los muros de marruecos tienen 12 kilómetros de circunferencia, si bien dentro de ellos hay una gran parte de superficie convertida en jardines, que dan á la ciudad un aspecto pintoresco y poético. Tiene siete puertas, y su poblacion es de 50,000 habitantes, de los que 6,000 son judíos. Sus aguas son buenas y abundantes; su clima es sano, sin embargo de que en verano hace un calor excesivo, y en invierno se siente bastante el frío á causa de la proximidad del Atlas, que en dicha estacion se halla cubierto de nieve.

Son muy pocos los edificios que en la actualidad tiene Marruecos dignos de atencion. La torre *Kutubia*, de la que nos ocuparemos al describir la ciudad de Rabat, las mezquitas de *Ben-Yusef*, *Muesim* y *el Mansuri* son las únicas que tienen alguna cosa notable, siquiera sea por su magnitud. Refieren los moros que una de las puertas de la mezquita *el-Muesim* y la del *Bab-el-Jemis*, fueron traídas de Granada por Yacub el-Mansur. Hay, además, muchas cisternas y estanques bastante grandes.

El palacio de los soberanos de Marruecos, situado fuera y en la parte S. de la ciudad, es inmenso: sus murallas tienen 5 kilómetros de circunferencia; pero en cambio se halla en muy mal estado, y lo mismo que la ciudad, que le sirve de Corte, tiene más traza de un corralon desmantelado que de residencia imperial. En su recinto hay una mezquita construida por Muley Abd-Allah, padre de Sidi-Mohamed, el cual dejó allí tres bolas de oro macizo, segun refieren los moros. Como no es permitida la entrada en la torre sobre la que se hallan colocadas, no hay más remedio que creer en su palabra, la cual no es muy digna que digamos de crédito, teniendo, como tienen, á ménos el ser esclavos de ella. Lempriere asegura que el origen de estas bolas es el siguiente: como Yacub el-Mansur embelleciera tanto á Marruecos, no quiso su mujer dejar á la posteridad menor recuerdo que él; y deseando que su memoria pasase gloriosa á las venideras generaciones, vendió sus alhajas de oro y plata, lo mismo que su pedrería, y con el producto mandó fabricar las referidas bolas, de cuya conservacion creen los moros que pende la felicidad del Imperio.

El único establecimiento de beneficencia que hay en Marruecos es el santuario de Sidi-Bel-Abbas, situado en la parte Norte de la ciudad, en donde los pobres reciben limosna y albergue por la noche. Este santuario es además un asilo inviolable donde se refugian los criminales y los que se ven perseguidos por las autoridades. Las casas, jardines y demás propiedades de este santua-

rio se valúan en un millon de duros, no siendo lícito enajenarlas ni dedicarlas á otro objeto que á la conservacion y culto del santuario y al socorro de los pobres y enfermos.

Bajo el punto de vista industrial, la ciudad de Marruecos no tiene mucha importancia. Los tapices, jaikes y mantas que salen de sus fábricas son muy inferiores á los de Fez y Rabat. La única cosa en que Marruecos no conoce rival en el Imperio es en los curtidos, para los que se emplea la cochinilla y la corteza de granada. Tiene tambien bastante industria en la fabricacion de tejidos de seda. Mas, comercialmente considerada, es la segunda ciudad mercantil del Magreb, manteniendo activo comercio con Mogador, Saffi y Mazagan, puntos por donde se exportan sus aceites, gomas, almendra (la más dulce del Imperio), cominos, pieles de cabra, cueros de buey, dátiles, etc., etc. Finalmente, Marruecos es notable por haber sido siempre la capital de los Almoravides y Almohades, hasta que la dinastía de los Beni-Merín la trasladó á Fez.

La ciudad de Mequínéz se considera como la tercera capital del Imperio; pero el Sultán sólo reside en ella un mes, poco más ó menos, cuando de Fez pasa á Marruecos ó vice-versa. Fué fundada por los antiguos africanos ó Beréberes, y en los siglos X y XI fué capital del reino de su mismo nombre. Los Almohades la tuvieron sitiada durante siete años, al fin de los cuales la tomaron, bajo el reinado de Abd el-Mumen, en 545 de la egira (1150 de J. C.), y la saquearon completamente, matando á la mayor parte de sus habitantes. Los pocos que habian quedado salvos abandonaron la destruida ciudad y edificaron otra no muy lejos de la antigua, dándole el mismo nombre. Se halla situada á 52 kilómetros O.-S. O. de Fez.

El magnífico y fuerte Kasbah que hay en ella fué construido en 674 (1276 de J. C.) por el Emir Abu Yusef ben-Abd-el-Hakk. Lo que hoy se encuentra en Mequínéz de más notable es el palacio imperial, que ocupa la mitad de la poblacion. En el centro de los hermosos jardines de este palacio se alza una especie de fortaleza, donde, segun dicen vulgarmente y refieren algunos historiadores, se guarda el tesoro imperial.

Las calles de Mequínéz son más anchas que las de las demás ciudades del Imperio, y exceptuando Mogador son tambien las más regulares. Su poblacion se calcula en 40,000 almas. Hállase situada en una hermosa llanura, y sus cercanías son un inmenso plantío de olivos. Solamente los que á principios del siglo pasado mandó plantar Muley Ismael ascienden á cuatro millones, y plantados todos con la mayor simetría ocupan el espacio de muchas leguas cuadradas. De esta multitud de olivos que hay en sus cercanías se origina, sin duda, que los moros den á Mequínéz el sobrenombre de *Ezzeituna*, ó de las aceitunas.

Su comercio es casi insignificante, y la industria consiste principalmente en la fabricacion de los azulejos, que se emplean profusamente en el adorno interior de las casas y jardines y en los minaretes de las mezquitas.

Es tambien de alguna importancia la ciudad de Tarudant, que á principios del siglo XVI era una gran poblacion, segun el citado Leon Africano, y fué siempre

(1) *Notice sur la ville de Maroc*, pág. 23.

(2) Raya en lo increíble el estado de postracion intelectual en que hoy se halla esta infortunada nacion. Baste decir, por no hacer mencion de otras cosas, que en pleno siglo XIX no hay en todo el Imperio una triste imprenta; no se conoce el telégrafo ni el vapor; no hay ni palmo de ferrocarril, ni siquiera una mala carretera.

la capital de Sus el-Aksa cuando esta provincia era independiente. Su fundacion se atribuye á los Beréberes, y se halla junto al rio Ras-el Uadi, en una fértil llanura, á 220 kilómetros S. O. de Marruecos y 35 del nevado Atlas. Su industria consiste en curtidos, jaikes y salitre. De Tarudant salen las caravanas que van á cruzar el desierto de Sahara (del que se halla muy próxima, lo mismo que del territorio de Uad-Nun), para comprar esclavos de la Senegambia, marfil, oro en polvo, plumas de avestruz, etc., etc., de la célebre ciudad de Tombuctú.

Hay, finalmente, en el interior del Imperio otras muchas ciudades, como *Tafilet*, junto al rio Ziz, á 500 kilómetros E.-S. E. de Marruecos con 300 habitantes, residencia de la mayor parte de los Xerifes magrebinos y capital del antiguo reino de su nombre: fabricanse en ella tafiletes, mantas y armas blancas: en sus campos se crían los mejores dátiles del Imperio. Tadla, Alcazar Kibir, Uasam, Rabat-et-Taza, Uxda, Tatta, Akka, Uzi-na, Uad-Nun, etc., etc., son ciudades que nada ofrecen de particular.

Por lo que se ve, y en atencion á que en el día la poblacion europea de Marruecos no se ha internado más allá de algunos kilómetros de la costa, los pueblos del interior tienen para nosotros un interés secundario, por lo que nos hemos circunscrito á dar una breve noticia de las capitales, que por su historia y comercio merecen siempre mencion especial.

MOSAICO CHINO.

III.

EL OPIO (1).

La importacion del opio en el Celeste Imperio data de principios del siglo XVIII. Dos agentes de la Compañía de Indias, el coronel Watson y el vicepresidente Weeler, fueron los primeros que tuvieron el deplorable pensamiento de introducir en China el opio de Bengala, y á ellos pueden agradecer los chinos este nuevo sistema de envenenamiento.

«El opio, refiere M. Huc (2), no se fuma de la misma manera que el tabaco. La pipa se compone de un tubo de dimensiones parecidas á las de una flauta ordinaria. Un poco antes de su extremidad se adapta una bola de tierra cocida ó de otra materia de más ó menos valor, en la cual se abre un pequeño agujero que comunica con el interior del tubo.

«El opio es una pasta negruzca y viscosa que es necesario preparar de la manera siguiente antes de fumarlo. Con la extremidad de una larga aguja se toma una porcion de opio del tamaño de un guisante, y lo calientan en una pequeña lámpara hasta que se hincha y adquiere la coccion y consistencia que se desea. El opio así preparado se coloca encima del agujero de modo que tome la forma de un pequeño cono que se horada con la aguja para que comunique con la cavidad del tubo.

(1) El opio es el zumo condensado de muchas especies de adormideras, especialmente del *Papaver somniferum*. Recógenlo con ayuda de incisiones practicadas en las cápsulas de adormideras no maduras todavía, de las cuales fluye bajo la forma de jugo lechoso. Despiende fuerte olor y tiene un sabor amargo. Prepáranlo sobre todo en Turquía y en la India.

(2) *L' Empire chinois*, t. I, pág. 33.

Arrímase entonces el opio á la llama de la lámpara. Despues de aspirar tres ó cuatro veces el diminuto cono queda enteramente encendido, el fumador despide el humo por las narices, y va repitiéndose la misma operacion, de lo que resulta extremadamente larga y entretenida esta manera de fumar.

«Los chinos preparan y fuman el opio siempre acostados, ora de un lado, ora del otro, pues pretenden que esta postura es la más favorable. Los fumadores de distincion no se toman la molestia de arreglarse por sí mismos el opio, sino que se valen de algun encargado de tales menudencias, que les sirve la pipa preparada.»

Una especie de languidez va apoderándose poco á poco de los miembros del fumador, y esto forma toda su felicidad. Pronto empero se embotan los sentidos, y nada se siente, más que la necesidad de un hambre devoradora. Es una postracion de fuerzas que trasciende á la parte moral, hasta el punto de que, al cabo de cuatro años á lo más, un fumador habitual de opio se hace inepto para todo, hasta para continuar su industria ó comercio. Así es que no tarda en sufrir pérdidas, entrégase á la crápula y despues al robo, y muere al fin desastrosamente.

En Singapore hay un hospital para los fumadores de opio pobres, que un misionero describe del siguiente modo:

«Figuraos un aposento en el cual, bajo un techo de bálago y hojarasca, yacen amontonados en una cama de campaña los fumadores de opio reducidos á la miseria. El aspecto que presentan es todo lo repugnante que podais imaginaros: el semblante estúpido, la boca abierta, agachados casi todos en completa inmovilidad, interrumpida sólo por nuestra presencia, á causa del movimiento de cabeza que deben hacer para seguirnos con ojos fijos y ceñudos. Algunos están tendidos de lado, sin sentido, con el cuerpo más ó menos cubierto de disformes llagas, sobre todo en las piernas; las carnes en girones como si estuviesen gastadas ó corroidas por vergonzosas enfermedades; perdida la nariz en unos, y en otros los dedos y hasta la mitad del pié; abandonados de todo el mundo; cadáveres, en fin, que sólo esperan sepultura.

«En este hospital ó choza, mejor dicho, no hay otro cristiano que el guardian que hemos conseguido colocar aquí para que haga oír á estos infelices una palabra de salvacion; pero hasta el presente sus esfuerzos han sido infructuosos. Tan degradados en lo moral como en lo físico, no cabe en su entendimiento verdad alguna; en términos que sólo he oido citar un solo ejemplo de conversion entre los fumadores de opio.»

EFEMÉRIDES.

31 ENERO 1665.—Martirio de doce cristianos indigenas en Faifo, provincia de Quang-Nan (Alta Cochinchina).

En Faifo (1), donde los japoneses cristianos son numerosos, el rey (Hien-vung) hizo publicar un edicto por el cual les ordenaba renunciar á la fe de Jesucristo, pisotear las sagradas imágenes y atestiguar, con un acto firmado por mano de ellos, su renuncia de la fe.

Todos los jefes de familia obedecieron casi sin resistencia, desvaneciéndose.

(1) *Faifo*, hoy *Nue-ban*, ciudad en otro tiempo importante, y ahora casi arruinada.

ciéndose en un instante el gran valor de que hacían alarde antes de haber visto el peligro de cerca.

Más tarde, es cierto, esos mismos cristianos japoneses atestiguaron un gran dolor por su falta; mas ese arrepentimiento tardío no impidió que su mal ejemplo tuviera consecuencias funestísimas; porque, como casi todos ellos eran antiguos cristianos y pasaban por ser más valerosos que los cochinchinos, los mandarines lograron fácilmente persuadir á los nuevos convertidos de que no había vergüenza alguna en imitar á esos hombres tan buenos é instruidos en la Religión. Los gobernadores de Cacham (1), por su parte, concedieron á sus presos el tiempo suficiente hasta saber la defección de los japoneses de Faifo, á fin de quebrantar la resolución que habían tomado de perseverar hasta la muerte en la fe de Jesucristo. Este artificio produjo su resultado; muchos de los neófitos, conducidos ante los tribunales é intimidados para que pisotearan las santas imágenes, sucumbieron desgraciadamente. Otros, no obstante, demostraron más constancia, distinguiéndose entre ellos cuatro generosos confesores, Miguel, José, Cayo é Ignacio, los cuales prefirieron la muerte al deshonor de tal sacrilegio.

Una fervorosa cristiana llamada Juana fué por sí misma á hacer la profesión de fe ante los mandarines. Los cochinchinos, no pudiendo persuadirse que quiera uno ofrecerse á la muerte á menos de locura, creyeron que esta animosa mujer había perdido la cabeza: arrojáronla por dos veces del tribunal, mas ella volvió á entrar, y no habiendo querido profanar las santas imágenes, fué encerrada en la cárcel con los que habían confesado ya á Jesucristo, á quienes pronto siguió valerosamente al martirio.

Poco tiempo después, el 9 de Enero de 1665, el rey pronunció la sentencia de muerte contra todos los cristianos que habían rehusado pisotear las imágenes. Unos fueron condenados á la decapitación, otros á ser despedazados por los elefantes.

Aquellos bienaventurados presos de Jesucristo recibieron la noticia con alegría, dando gracias á Dios como de un favor todo especial. Luego hallaron medio de ver á los Padres, custodiados en sus casas, á fin de que fortalecidos con la gracia de los Sacramentos pudieran mostrarse dignos de la causa que defendían... A fines de Enero fueron conducidos ante los jueces para oír su sentencia de muerte; y como si aquel día hubiera sido el más hermoso de su vida se pusieron sus vestidos de fiesta.

Cuando el gobernador desde su tribunal les preguntó si querían pisotear las imágenes á fin de conservar su vida,

—No, respondieron; no hemos cambiado de resolución; y si tuviéramos mil vidas por sacrificar, no consideraríamos dichosos de ofrecerlas al Dios á quien adoramos.

La pena de muerte fué la recompensa de esa valerosa respuesta.

Entre dichos mártires distinguieronse dos niños á quienes el cielo parecía haber escogido para publicar su gloria y confundir á sus enemigos. Estos niños eran hermanos. El mayor tenía diez y seis años y llamábase Rafael; el más joven, llamado Estéban, sólo tenía doce. Mientras los gobernadores juzgaban á los cristianos entraron dichos niños en el tribunal, y después de haber hecho á los jueces las señales acostumbradas de respeto, Rafael, tomando la palabra, les dijo:

—Teneis ante vosotros á dos huérfanos. Venimos de la provincia de Sinoa (2) para comparecer delante de vuestro tribunal, suplicándoos que nos enviéis al cielo, donde está nuestro Padre.

Habiéndole preguntado uno de los gobernadores quién era su padre, el niño respondió:

—Es Dios, Señor y Criador del cielo y de la tierra.

—Pero siendo vosotros pobres y huérfanos, replicó el gobernador, ¿quién os ha hospedado y alimentado desde que os halláis aquí?

Rafael, conociendo la intención, añadió:

—Nos hemos alojado en las posadas, á donde voluntariamente van los pobres como nosotros.

Los gobernadores quedaron vivamente sorprendidos de ver contestar á unos niños con tal soltura y discreción. Pero más lo quedaron todavía cuando, habiendo mandado á los soldados que les encadenaran, Rafael les dijo:

—Vuestras precauciones son inútiles; no hay necesidad de cadenas para los que se ofrecen voluntariamente al martirio.

Aquellos generosos niños fueron, pues, condenados á muerte, y sólo salieron del tribunal para ser conducidos al suplicio con varios otros

cristianos. Dividieronlos en dos secciones: siete confesores formaban la primera y debían ser decapitados; la segunda se componía de cuatro para ser entregados á los elefantes que iban detrás, con los verdugos y los ejecutores de la sentencia.

Al llegar al lugar del suplicio, que era una pequeña colina de arena que las inundaciones habían amontonado entre Cacham y Faifo, los sentenciados fueron separados en tres grupos: en el primero se hallaban Miguel, José, Ignacio y Benito; en el segundo Estéban, á quien los cristianos de su país consideraban como su padre y su jefe, con Pedro, Simon y otro Benito; en el tercero Rafael, su hermano Estéban, Cayo y la virtuosa Juana. La alegría brillaba en los rostros de todos; su dulzura, la santa intrepidez con que hasta los más jóvenes contemplaban los instrumentos del suplicio, tenían para aquellos paganos un encanto poderoso que elevaba su alma y excitaba su admiración.

Una multitud extraordinaria había acudido allí de todas las provincias; las personas más distinguidas del reino no habían podido resistir al deseo de presenciar tal espectáculo, y, preciso es decirlo, el interés que siempre inspira la causa de la inocencia perseguida había atraído á la mayoría de espectadores. Los tres niños que debían ser entregados á los elefantes excitaban sobre todo la compasión, y en torno de ellos se agrupaban las oleadas de un gentío inmenso. Sólo la vista de aquellos animales infundía espanto; temblábase por las tiernas víctimas que iban á ser abandonadas á su ferocidad.

Mas Dios estaba con sus siervos y les infundía un valor invencible, y lejos de temer á los animales, aquellos jóvenes combatientes les tendían sus brazos invitándoles á arrojarlos sobre ellos. Mientras todos aguardaban con impaciencia el fin de aquella cruel ejecución, una joven llamada Lucía, abriéndose paso por entre la multitud, fué á arrojarle á los pies de Rafael para besarlos. El joven, que la conocía, creyó que quería oponerse á su dicha, y se apresuró á levantarla, diciendo:

—Hermana mía, no te aflijas; volveremos á vernos en el cielo.

Estéban, hermano de Rafael, animado por la constancia de sus compañeros y por el deseo del martirio, dirigiéndose al pueblo dijo con noble seguridad y angélica modestia:

—Vosotros todos que os halláis aquí presentes, sabed bien que sufrimos la muerte con placer por la causa de nuestra santa fe y porque queremos ir á ver á nuestro Padre en el cielo.

El gobernador que presidía la ejecución no podía volver de su sorpresa ante tan heroica constancia; creyó, sin embargo, que al ver el suplicio de los de más edad el valor faltaría á los niños, y que Juana, á pesar de la firmeza que había mostrado hasta entonces, no podría ver sin espanto correr la sangre de sus compañeros.

En consecuencia ordenó que Cayo, joven de treinta años, fuese arrojado el primero á los elefantes. En un abrir y cerrar de ojos quedó despedazado; sus miembros palpitantes fueron llevados junto á Juana y sus dos hermanos. Mas el ejemplo del santo mártir infundió nuevo valor en sus corazones, y en vez de parecer intimidados, se mostraron más firmes é intrépidos que nunca. El gobernador, desconcertado, ordenó á los verdugos que soltaran á los elefantes sobre Juana. Esta hizo la señal de la cruz con la mano derecha, mientras con la izquierda continuaba, sin conmoverse, sosteniendo el abanico que agitaba, según la costumbre del país, delante de su rostro, donde se reflejaban la pureza de su alma, la esperanza y alegría de su corazón.

Uno de los elefantes arrojóse sobre ella, hiriéndola con sus colmillos con tal furor que espiró al instante. El gobernador, que había observado en Estéban y Rafael tanto valor, los había reservado hasta entonces á fin de salvarlos, y esperaba, retardando su suplicio, que la vista de los sufrimientos de los demás les haría renunciar á la fe de Jesucristo; pero reconociendo que se había lisonjeado de una vana esperanza, hizo arrojar los elefantes sobre ellos. Los dos niños, armándose con la señal de la cruz, extendieron sus brazos hacia las fieras, bajo cuyo peso quedaron aplastados al instante. Ante tan triste espectáculo todos los ánimos se movieron á compasión; los mismos infieles no podían contener sus lágrimas, y acusaban de bárbaros á los jueces que habían condenado á muerte á dos niños tan dignos de vivir.

La muerte de los doce mártires acaeció el 31 de Enero de 1665. Durante la noche los cristianos enterraron sus cuerpos en un campo bastante separado de Faifo, esperando que tiempos más pacíficos les permitieran transportarlos á un sitio más digno con la pompa debida á unos restos tan preciosos (1).

(1) *Cacham* ó *Cacciam* es la misma ciudad que *Dinh-Cham* ó *Dinh-Ciam*, cuyo nombre significa cabeza de distrito del gobierno, ó residencia de los gobernadores de la provincia de Cham.

(2) *Sinoa* es el nombre que los portugueses dan á la capital del reino de la Cochinchina, llamada comunmente Hue.

(1) *Memorias portuguesas, ó estado presente de la iglesia de la China y los demás reinos vecinos*. París, 1670, cap. vi. — Nueva edición por los PP. Montezon y Esteve. París, 1858, pág. 223-229.